HISTORIA DEL EROTISMO

LO DUCA

Traducción de: JUAN JOSÉ SEBRELI

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

I. RESUMEN DE UNA HISTORIA DEL EROTISMO

La voluntad de conocimiento distingue a las civilizaciones. Durante siglos, el ser humano ha sido medido, juzgado, profundizado, analizado, señalado en todos sus designios probables e improbables, en todas sus proyecciones terrenales y extraterrenales. Un solo punto ha quedado inviolado, semejante a esos espacios de los mapas antiguos donde los geógrafos ignaros caligrafiaban HIC SUNT LEONES. La propia ciencia ha tardado en desafiar al tabú. Después nació la sexología y se le dio al instinto sexual su valor justo, quitándole su halo misterioso, sagrado si no maldito.

La Historia dirá algún día lo que debemos a Havelock Ellis, a Sigmund Freud, a Gregorio Marañón, a René Guyon, a Alfred C. Kinsey. Sin su obra, la sexología no existiría y con mayor razón la erotología sería solamente una diversión menor. Hasta el siglo XX, el estudio del hombre flotó en ese dominio, entre lo vago y lo impreciso. Por amor a la claridad distinguiremos tres períodos, sin desconocer su arbitrariedad:

I. *Precientífico*, que engloba muchos siglos de cultura "humanista".

II. *Científico preerotológico*, en el que la erotología no se diferencia de otras ciencias.

III. *Científico erotológico*, el que nos esforzamos por definir y que pertenece a nuestro tiempo.

No insistiremos en la enorme confusión que reina en la materia. Ni los espíritus distinguidos logran separar el erotismo de la pornografía; no han observado que el erotismo reina cuando puede ser sugestión o alusión, y llegar incluso hasta la obsesión; cuando el sexo se descubre como obsceno- y no simbólico, es decir decorativo-, entramos en el mundo cerrado y tristemente limitado de la pornografía. Otros espíritus no menos distinguidos, confunden erotismo y amor, con el pretexto de que la etimología de erotismo contiene la raíz *eros*.

Siendo la obsesión sexual, manifiesta u oculta, desenfrenada o dominada, un componente, o mejor un dominante de la vida social, e ilimitado el comportamiento erótico, estaríamos tentados de buscar una definición fácil de lo que es el erotismo en el amor; por ejemplo, se podría admitir que todo lo que no es genésico es erótico. Tal vez obtuviéramos de ese modo la aprobación de los teólogos[1], pero esa simplificación, por legítima que sea, no nos llevaría a ninguna parte. Preferimos entrar oblicuamente en ese dominio que oculta lo que hay de más individual en el hombre.

Con esas comprobaciones se imaginará fácilmente la magnitud de nuestro esfuerzo. Edificamos una casa donde los albañiles no emplean las mismas palabras para definir los mismos ladrillos. No tenemos la pretensión de afirmar que nuestras palabras son las buenas, pero vamos a darles el sentido que tienen para nosotros, para eliminar los equívocos, o simplemente para evitar un nuevo diálogo de sordos.

Entendemos por *Sexología* la ciencia de la sexualidad, es decir la rama de la biología- en el sentido más amplio- que tiene por objeto el conjunto de los hechos biológicos, y especialmente humanos, en relación directa con la noción de sexo.

La Sexualidad es el conjunto de hechos biológicos relacionados con la generación, considerados no solamente fuera del individuo sino en el individuo mismo.

Por otra parte el *instinto sexual* comprende los hechos biológicos, orgánicos y funcionales, fisiológicos y psíquicos, objetivos y subjetivos, que traducen en el individuo una actividad vital o un impulso que, cuando está suficientemente percibido por la conciencia o suficientemente exteriorizado en el comportamiento, lleva a la inclinación hacia un individuo del otro sexo, inclinación que conduce (o debería conducir) al acoplamiento con goce específico. El instinto sexual da al hombre la más precisa expresión de sí mismo y lo une sólidamente a los fenómenos cósmicos, cuasi místicos, de la vida.

[1] La Iglesia, por boca de Pío XII, reconoció la legitimidad del erotismo, permitiendo a los fieles la busca de un amor “no genésico” gracias al método de Ogino y Knaus.

El *deseo erótico* no puede ser sino el deseo específico del otro sexo, que incluye la doble condición del objeto (el individuo del otro sexo o aparentemente del otro sexo) y del fin (el acto sexual).

La *erótica* es, pues, un elemento fundamental de lo sexual y caracteriza un dominio biológico incluido en la sexualidad, *aunque separándose a veces en límites demasiado inciertos*; esa noción de incertidumbre acrecienta las responsabilidades y las perspectivas de la erotología. El erotismo toma en cuenta hechos de orden subjetivo, de placer, de apetito o de necesidad más o menos claramente sexual, pero también ligados al ejercicio de funciones comúnmente consideradas como no sexuales. De todos modo, el contexto social, étnico, cultural tiene una incidencia demasiado marcada para que el biólogo pueda osar pronunciarse y salir de esos "límites inciertos". Sabe que la educación, el lenguaje, la tradición, el nivel de civilización, todo el medio psíquico, colaboran en las costumbres amorosas del Hombre; estimulan o inhiben, animan o prohíben, imponen o levantan `tabúes', reprimen o liberan, inspiran el pudor o excitan la osadía.

En nuestra civilización, articulada todavía alrededor de tabúes milenarios, el erotismo aclara esos estados más o menos obsesivos creadores del deseo larvado del que se benefician la publicidad, la prensa, el teatro y el cine. (Repetimos que cuando el sexo triunfa, comienza la pornografía y cesa el erotismo, que ya no tiene razón de ser.)

El erotismo, además de las preocupaciones sexuales patológicamente acentuadas, engloba también, en psicoanálisis, la aptitud de ciertas zonas del cuerpo para acompañarse de placer sexual no específico.

El erotismo, en el extremo límite de su sublimación, engendra un estado general de tensión, una suerte de vibración interior propicia a las creaciones del espíritu; esa noción interesa a todo el dominio del arte.

La *erotificación* caracteriza la modificación de una excitación o de una actividad a la que cambia en fuente probable de placer sexual, como la erotificación de la angustia o de la obra de arte.

Esta aclaración no nos dispensa de señalar lo que debemos a la filología, pero nos muestra, al mismo tiempo, su indigencia literaria. El diccionario Littré no va más allá de estas referencias:

ERÓTICA: *adj*. Perteneciente o relativo al amor. Término de medicina. Delirio erótico, delirio caracterizado por una propensión sin freno por los goces del amor.

E. Erotikós, de eros, amor.

EROTISMO: *s. m.*, inclinación erótica, tendencia erótica, conducta erótica.

PORNOGRAFÍA: *s. t.*, 1° Tratado sobre la prostitución. Descripción de las prostitutas con relación a la higiene pública. 2º Pintura obscena.

E. *porne*, mujer pública, y *grafesis*, escribir.

OBSCENO: *adj*., que hiere abiertamente el pudor.

"¿No sabemos que las estatuas y los cuadros ofenden a los ojos sólo cuando una mezcla de vestimentas hacen a las desnudeces obscenas?"

J. J. Rousseau, *Carta a D'Alembert.*

E. Lat. *obscenus*.

La única valentía seria que encontramos en el venerable diccionario es una cita muy pertinente de Sainte-Beuve: "La gazmoñería es funesta (...) hasta la obscenidad exclusivamente; el arte consagra y purifica todo lo que toca".

Por otra parte, tenemos el deber de enviar al lector a un próximo *Diccionario* que dará las definiciones exactas y conformes a la ciencia actual de esas palabras claves.

Con respecto a estas notas, que el lector se digne sobre todo no atribuirnos intenciones filosóficas y que evite unirnos a un fin de moralismo o inmoralismo. Nos limitamos a trazar un ensayo en un dominio poco y mal explorado, o explorado por aficionados que pescan el camarón con redes de mariposas y que emplean el microscopio para estudiar la Vía Láctea. Nuestro viaje por el período precientífico es sin duda, el más reposado; podemos permitirnos un arbitrario asiento sobre

la tradición donde poesía y mitología- apenas veteadas de cultura- nos transmiten una herencia ya cuidadosamente etiquetada.

Dos antepasados dominan este período: Friedrich Carl Forberg, que hizo el inventario de la literatura griega y la literatura latina, y Eduard Fuchs que clasificó el arte clásico. El primero es el autor del célebre *Manual de Erotología Clásica* ("De Figuris Veneris"); el segundo, menos célebre aunque su iconografía se ofrece al lector más fácilmente que los textos áulicos de Forberg, escribió a comienzos de este siglo una *Geschichte der Erotischen Kunst*, que sigue siendo el gran depósito de accesorios antiguos del erotismo. Los cuatro volúmenes del *Bilder-Lexikon*, publicados en Viena de 1928 a 1931, a pesar de su carácter enciclopédico y la cantidad excepcional de sus documentos, no son sino un reflejo pulido de la obra de Fuchs, multiplicado por los archivos de diferentes institutos de sexología de Berlín y de Viena.

Recorriendo a Forberg y Fuchs, el lector moderno advierte que no se hace diferencia entre pornografía, erotismo y... etnografía, que la noción de arte no interviene para sustraer a la pornografía del "infierno" (como ocurre en los dibujos de Leonardo a Giulio Romano, de Courbet a Rodin, de Picasso a Marquet o a Pascin). Nuestro concepto del erotismo nos hace ver claro y nos permite penetrar en los Infiernos de las bibliotecas, los museos y las colecciones, con mirada segura y serena.

Sabemos que el *Infierno* de la Biblioteca Nacional ha sido creado por orden del Primer Cónsul y sobre el modelo del Infierno de la Biblioteca del Vaticano. Ya en 1794, el obispo de Blois, el abate Gregorio, expresó la opinión de algunos espíritus clarividentes, que decían- a propósito de las obras eróticas- que ellas "servían a la historia de la humanidad, de las costumbres y de las artes. Por las producciones de esa especie suele juzgar el observador esclarecido al siglo que las vio nacer". Estamos en el estadio de las justificaciones y Charles Nodier, citado después por Apolinaire, observó: "Los monjes de la Edad Media... no han dañado las indecencias latinas que les hubiera sido tan fácil destruir. Han tenido el buen sentido de presentir la utilidad relativa de los malos espíritus del mundo".

Esta *Historia del Erotismo* quiere desprender al erotismo de sus estructuras obsesivas, desenredar los hilos diversos que llevan alternativamente al amor, a la estética, a la patología, al arte, incluso a la ética y a la sociología, hacer, en fin, un balance de los impulsos activos que podemos sacar de una de las fuerzas más constantes y más inextirpables que condicionan la vida humana.

El momento del balance no lo determinan solamente nuestros conocimientos actuales, de los que extraemos una herramienta más eficaz para clasificar las observaciones que los erotólogos acumulan desde hace cinco mil años; los aprendices de brujo golpean a nuestras puertas. No han esperado que el hombre pierda su virilidad y la mujer su femineidad para proponerles sus baquetazos. La inseminación artificial realiza- o puede realizar- la separación entre el amor y la procreación, entre la yuxtaposición de los cuerpos y la conjunción de las gametas. La biología nos advierte que estamos muy próximos a la ectogénesis o "embarazo en frasco", que será completado por la acción de la "heredina" (D. N. A.) que modifica los caracteres hereditarios.

El homo *sapiens*, que era por su comportamiento psíquico y su civilización homo *eroticus*, es candidato a transformarse en *biologicus*.

Eso significa también que el erotismo corre peligro de no tener más objeto, aniquilado por una "quimera sexual" cuyos elementos se nos deslizarán de las manos tan rápidamente como las ecuaciones de la radiactividad se escapan de los pizarrones de Einstein, Fermi y Joliot-Curie. Sin ser un balance de fin del mundo, nuestro resumen de *Historia del Erotismo* quiere simplemente testimoniar un impulso que, desde que el hombre de las cavernas esculpió su Venus, hasta los acoplamientos dibujados por Rodin y por Picasso, avanza entre el pudor y la abstracción del deseo.

II. LA ANTIGÜEDAD REMOTA

El acto de amar no es erótico en sí; pero su evocación, su invocación, su sugestión y aun su representación pueden serlo. El erotismo primitivo puede resumirse en un ensayo de nomenclatura de las partes del cuerpo libradas a los juegos de la pareja y a la clasificación de esos juegos en todas sus combinaciones, normales y anormales. Ese período se limita a un erotismo *posicional*, en el cuadro de la naturaleza y de las funciones que aseguran generalmente la continuación de la especie. No nos sorprendería mucho comprobar que desde el Extremo Oriente antiguo hasta nuestro siglo XX ese erotismo se volvió finalmente monótono, ya se trate de las noventa posturas[2] de Forberg, de las treinta y dos posiciones del Aretino, de las veinticuatro posiciones que forman parte del Yoga[3] o de la modesta docena de variantes de los egipcios o de los griegos. La geometría, aun la no euclidiana, tiene sus límites.

Cuando vayamos más allá de la naturaleza, es decir cuando estudiemos el erotismo divinizado, después sublimado y finalmente consumado en la violencia absoluta, encontraremos los rasgos del hombre y de su genio.

En lo abstracto, el erotismo representa una de las más profundas liberaciones del hombre (del macho, del *vir*). Un análisis severo de su naturaleza y una mirada despiadada sobre su comportamiento dan una realidad fundamental: en todas nuestras civilizaciones la dignidad viril es sacrificada y humillada. El hombre pide, pero la mujer tiene el poder de acordar o de rehusar. Desde el esbozo del primer paso hacia la conquista de la mujer, el hombre se desviriliza. Creemos que ahí está la clave del laberinto sexual. Por esa clave, el gusto de la violación (en todas sus formas), el gusto del amor venal, la erotofilia se vuelven perfectamente claros. Por la violación, el hombre sacia su deseo sin

[2] A partir de la 68º postura, Forberg hace trampa, pues su cifra es alcanzada por la multiplicación de las parejas a las cuales- fácil triunfo- agrega animales.
[3] Se sabe que esta disciplina es admitida por los hindúes tanto como por los budistas.

abdicar. Por dinero, el hombre también conserva íntegra la libertad de su iniciativa. *Solveo, ergio sum*. Practicando el erotismo por el erotismo, el hombre se reserva intelectualmente la elección y el control de sus voluptuosidades.

Del lado opuesto, esta clave abre también los meandros que, partiendo de la humillación inicial y latente, llevan a la práctica del fetichismo, del masoquismo, psíquico o físico, y a la homosexualidad pasiva y activa.

Apartándose del compromiso o del equilibrio que garantizan su paz, el hombre corre el peligro en todo instante de caer en las dos formas opuestas de sobrevirilización y de subvirilización Los estudios de Stekel, que aclaran el mecanismo bioquímico de ciertas neurosis sobre el plan viriloide, o las admirables observaciones de Butenandt que nos dan las fórmulas químicas de los andrógenos y los estrógenos no modifican la importancia de esa dualidad.

El otro polo del erotismo viene enteramente de la interdicción que adornó, desde la más remota antigüedad, a las parejas del amor, a fuerza de secreto, de revelación posible, de tentación suspendida entre el bien y el mal. La desnudez oculta, y con mayor razón, el acto de amor sumergido en generalidades, constituyen los elementos más netos de la prohibición. “El prestigio del *desnudo* debía necesariamente resultar de ese valor de secreto y de peligro próximo, que le dan su cualidad de revelación nefasta y de medio mortal de tentación”, dijo Paul Valéry en un escorzo muy poco conocido y que no mira sino a la civilización occidental. El Oriente ha podido seguir las pasiones primordiales del hombre, entre las que, el sexo no es la menor, según una metafísica objetiva, para la cual “la unión del macho y de la hembra es el símbolo viviente de la unión de todas las fuerzas”. Pero siendo la realidad del sexo seguramente la más vital de las realidades, los pueblos de todas las civilizaciones, bajo todas las latitudes, se le acercan. A veces los pueblos creen sustraerse a los poderes públicos por la exaltación de su intimidad individual, dando origen a la hostilidad tradicional del estado “fuerte”, aun entre aquellos que repudian al dios terrorífico de la victo-

ria. A través del abrazo del erotismo, nuestro mundo se esfuerza, tal vez, por encontrar un impulso perdido.

Antes de convertirse en arma social, el erotismo fue sublimación del instinto. Todo erotismo antiguo es una referencia continua a los mitos de la vida religiosa, a una liturgia secreta que permite representarlo, transformarlo en la escena abierta al universo y ver en la extensión de los placeres carnales un medio para el progreso del alma. En un universo cálido y fértil el acto sexual ofreció una profunda experiencia del misterio del ente único que se desdobló al manifestarse. El erotismo de origen asiaticohelénico conservó durante largo tiempo ese pretexto en el que mitología, mitos y metafísica eran más que adornos; su profanación fue más lenta y requirió cerca de diez siglos para que los cortesanos sagrados se transformaran en figurantes de placer imaginado y organizado.

Antes de esos períodos históricos no tenemos ningún punto de referencia firme. En la prehistoria, en el estadio probablemente anónimo de la paternidad, el matriarcado tendía a excluir una búsqueda erótica que parecía estrechamente ligada al triunfo del hombre y de su civilización. No obstante, fueron precisamente las razas primitivas- H. Ellis, Malinowski- alejadas de todo refinamiento psíquico, con funciones nerviosas más lentas, las que tuvieron necesidad de un largo período de excitación que se exteriorizó por la ejecución de “espectáculos sexuales” entre los cuales era el más directo la danza erótica: a la larga, la sublimación de esos espectáculos ha debido crear una liturgia que aureoló el erotismo con un nimbo sagrado. Por válida que sea esa inducción en lo absoluto de la historia no sabemos nada. Sólo las tribus desarticuladas del tiempo y próximas a nuestra época, pueden aclarar nuestra visión de las probabilidades primitivas; y tenemos objetos- considerados como primeras manifestaciones del arte, en la medida en que el arte pueda significar la abstracción de la realidad- de los cuales podemos juzgar el valor colocándolos al lado de otros objetos pertenecientes a las edades históricas, sin excluir la nuestra.

Ignoramos si las esculturas prehistóricas, tales como la Venus de Willendorf, la Venus de Lespugue, o la Venus de Laussel, pertenecen a

una edad en la que la ginecocracia dominaba a la humanidad de las cavernas. Los senos, las enormes fuentes de esas mujeres del aurignaciano superior, sus muslos opulentos demuestran una constante en los gustos primitivos de cualquier país y cualquier época. De la Alta Garonna a la Isla de Malta, de Moravia a la India, de la Dordogna a los Balzi Rossi, sexo, seno, muslos, pliegues del vientre y piernas delgadas, se encuentran con una monotonía que no puede ser sino el fruto del instinto. Esas esculturas indican una elección, un gusto determinado, y su realismo no tiene nada de común con el realismo objetivo de las estatuillas masculinas, en las que el hombre responde a cánones que serán los cánones del macho del arte histórico.

Está claro que la potencia genésica se presenta como la primera fuerza digna de la adoración de los hombres. La mujer participa oscuramente, doblando de algún modo las "razones" del hombre. Recuérdese que "bajo la influencia de la excitación sexual, una mujer considera su cuerpo destinado al placer del hombre; es la emoción compleja que forma la base inicial de su propio placer". En la visión femenina concebida por los hombres, esa potencia genésica se confunde con una abundancia fabulosa. En la visión masculina concebida por las mujeres y consagrada por los hombres, la potencia genésica se vuelve delirio dimensional.

Egipto ubica sus obeliscos en el centro del universo faraónico; ese símbolo fálico, ese principio creador sin el cual no habría continuidad ni especie, fue precedido por innumerables monolitos del mismo orden y una morfología más adherida a la realidad: y fue seguido por no menos innumerables símbolos que la arquitectura revela o absorbe. La concepción hierática o religiosa de esos monumentos implica una profunda castidad, aun en su apariencia más "obscena", pues casta fue la intención (y el estilo) del artista. Es casi inverosímil que un pensamiento licencioso haya gobernado la creación de las obras eróticas de la antigüedad. El *Baal-Peor* de los moabitas, el *Lingga puja* de Civa entre los hindúes, los símbolos fálicos americanos o de los edificios mejicanos, los ornamentos de los templos de Venus, Baco, Mercurio, Osiris o Príapo, la "pedra dorada" de Cuzco o las Torres de Irlanda,

todos esos emblemas han sido, en primer término, un medio para neutralizar las impurezas terrenales y los posibles maleficios.

El obelisco de los egipcios eleva ese emblema a su más alto esplendor simbólico; estamos lejos de la grosera ingenuidad de otras civilizaciones. Es el fruto de una cultura mágica y sensible a la vez, hierática por definición y no obstante, plena de ternura. El que las costumbres egipcias no se adapten a nuestra óptica no tiene nada que ver con los valores fundamentales de su civilización. Sabemos que el incesto, obligatorio para el heredero del trono, se transforma en costumbre, hasta el punto de que, bajo la dominación de Roma, más de la mitad de los matrimonios, entre las clases altas, se contraían entre hermanos. Esto no impedía el concubinato exterior y se calcula en ciento sesenta el número de los hijos naturales de Ramsés II. Según una tradición oriental bien establecida, en nombre de la diosa del Amor, Isis, que es una variante de la Astarté babilonia, la prostitución sagrada entraba en las manifestaciones religiosas. Las mujeres de sangre real que eran descartadas del gobierno- como las simples hijas de la nobleza del siglo XVIII, *mutatis mutandis*- se transformaban en las Grandes Sacerdotisas del Templo de Amón. Pero si Isis recibe los sacrificios bondadosos de las mujeres, es Osiris quien expresa el culto de la fecundación y es simbolizado- como lo será Príapo- por un falo de proporciones enormes, exaltación del poder del macho, responsable de la continuidad del universo. No obstante, la prostitución no tenía sólo fines religiosos. Correspondía a la vida sexual, entendida en un sentido general, y en cierto modo moderno, desde el placer anodino hasta la explotación económica.

"Cheops llegó a tal grado de perversión que teniendo necesidad de dinero, colocó a su propia hija en una casa cerrada con orden de hacerse dar cada vez una suma importante (no se ha dicho su monto exacto). La muchacha, no contenta con obedecer a su padre, imaginó también dejar a su muerte un monumento y exigió de cada cliente una piedra que le serviría para la construcción. Gracias a esas piedras se construyó, según me dijeron, la pirámide que se encuentra en medio de

las otras tres, delante de la grande, y cuyas faces tienen un feltro y medio de largo"(Herodoto).

Incesto, prostitución sagrada, prostitución venal, perversiones sexuales[4] pertenecen al decorado erótico del antiguo Egipto. Sobre el incesto hay poco que decir, salvo que la explicación que quiere justificarlo por la preocupación de preservar la herencia es una insigne estupidez; sería desconocer el poder de los ritos, de los tabués, del culto de la sangre.

Por la prostitución sagrada, el sexo femenino es honrado, pero es el sexo masculino el que simboliza toda la fuerza concreta. El sexo femenino está ya manchado de desprecio, si creemos a Herodoto; él nos relata que Ramsés II (¿Seostris?), que hacía erigir monolitos sobre las tumbas de los enemigos muertos en combate, grababa un sexo de mujer sobre las tumbas de aquellos que habían muerto como cobardes.

Aunque extendida, la prostitución venal no tenía papel social y la cortesana, en una civilización perfectamente libre y donde la mujer era independiente, no sobrepasaba su rango de dispensadora de placer. Esa misma libertad eliminó de las costumbres a la poligamia, que estaba autorizada, e impidió la instalación de intermediarios, como en China, y la compra, tradicional entre los semitas.

En la marcha de las ideas, sobre ese fondo a la vez místico, libre y pagano, nació en Egipto una idea- que se volverá a encontrar en las civilizaciones más próximas a la nuestra- que se esforzó por inventar la "concepción" sin trabajo. Una de las formas de Osiris es el toro Apis: la religión egipcia lo imagina nacido de una vaca *virgen* visitada por un rayo de luna cargado de potencia viril. Es una de las primeras tentativas para separar el nacimiento de una divinidad del acto de la carne, que se considera como una mancha con relación a la idea religiosa. Es una voluntad manifiesta de separar el elemento sexual y carnal del

[4] Recuérdese, siempre de acuerdo al "testimonio"de Herodoto, que las mujeres muy bellas o muy célebres, no eran jamás entregadas a los embalsamadores después de su muerte. La necrofilia era bastante conocida. Y si Plutarco no miente, la bestialidad estaba en sus crónicas: "...en la ciudad de Antée una mujer dormía con un cocodrilo, indolentemente estirado cerca de ella, sobre su camastro"

elemento “puro espíritu”, del cual saldrán más tarde dogmas, filosofías y lo que es peor, morales.

Sobre la vida propiamente sexual de los egipcios tenemos apenas el papiro de Turín, donde están indicadas las variantes del acto mecánico de amar, en una nomenclatura próxima al *Kama Sutra*, pero limitada a doce posturas. El hombre es siempre figurado en estado de deseo, en tanto que los órganos femeninos están simplemente supuestos. Hombre y mujer están virtualmente desnudos, el primero en taparrabo, la segunda con un delgado cinturón[5]. Las diferentes figuraciones son elementales; la más curiosa, por la profunda agudeza de la observación, muestra al hombre agachado, en estado de erección, la mujer a su lado, mientras él pone las manos sobre las partes ocultas de la mujer, ésta muy tranquilamente se pinta los labios. (En una miniatura mongólica del siglo XVI después de Cristo, la mujer más... comprometida, se peina.)

Las artes plásticas del valle del Nilo dan a pesar de todo una idea incompleta de la civilización egipcia, lo mismo que la literatura áulica. Si, por una parte, el papiro de Turín prueba que existía en la época de los faraones una cultura de juegos amorosos, excitación de los sentidos por una suerte de arte de amar, en la poesía popular, muy directa y natural, encontramos las rimas de un mundo que amaba el amor al punto de que “casarse” quería decir “hacer una mujer” y que el amor estaba libre de toda sujeción. Raros fragmentos han escapado a la furia destructora de Diocleciano. No solamente hubiéramos encontrado una bella cosecha erótica sino, sin duda, fórmulas de una “erotología mágica” de la que tenemos un débil rastro en el papiro de Leide (N° 75) donde se propone la “confección de una imagen del amor”, según los ritos ocultos de Tebas.

[5] Se trata probablemente de un cinturón virginal del cual el esposo desata el nudo en la cámara nupcial cerrada.

"Hermana"y "amante" se convirtieron, por la costumbre, en sinónimos: cuando leemos "hermana"[6], no se trata necesariamente de una hermana verdadera. Cuando leemos que

"La hermana toma al menos quince veces
la palabra
en tanto que el hermano lo hace cuatro veces
apenas"

sabemos de qué se trata. Pero si nos atenemos al manuscrito de Londres, nos encontramos frente a poemas de amor, escritos en Menfis o en Tebas hacia 1500 antes de Jesucristo, que revelan la plenitud de un conocimiento erótico que es llevado más allá de la carne y de los ejercicios del sentimiento:

¿Hay un momento más hermoso?
Estoy contigo
y tú inflamas mi corazón.
Tomarme y acariciarme
cada vez que entras a mi casa
¿no es eso el placer?
Cuando buscas tomar
mis caderas y mis senos
¡no los dejes!

Magnífico es el día en que nos pasamos apretados.
Los cientos de miles y los millones no son nada en comparación.
¡Oh, mi dios, mi amigo!
Qué dulce que es sumergirme,
bañarme delante de ti...
Dejarte ver mi belleza,

[6] *Senet* (*sén*, amante). Encontramos "hermana" en el Cantar de los Cantares, de la que se ha señalado el parecido con la poesía egipcia, parecido de pura forma: la palabra "hermana" aparece, pero "hermano" jamás.

en mi túnica de lino real
cuando está mojada.

¡Ah! ven, ¡mírame!
Tu amor ha penetrado todo mi ser
como la miel sumergida en el agua
como la esencia que penetra las especias
como cuando se mezclan nuestras savias...
...pues el cielo hace ascender su amor
como asciende la llama en la paja
Y mi deseo es como el picotazo de un buitre.
Turbada está mi sangre.
La boca de mi hermana es un pimpollo.
Sus senos, manzana de amor,
Sus brazos, una rama viva
que me ofrece un lugar secreto.

¿Vas a partir porque quieres comer?
¿Qué eres, pues, tú, esclavo de tu vientre?
¿Vas a partir para cubrirte?
¡Pero yo tengo sábanas sobre el lecho!
¿Vas a partir porque tienes sed?
Toma pues mi seno.
Lo que contiene sobra para ti.
Mi corazón está lleno de tu amor.
Y como corrí para encontrarte
se me ha caído la mitad de mis trenzas.
Mi corazón te desea (Oh, hermano mío)
Y haré por ti lo que busques
¡Estaré viva en tu abrazo!

El manuscrito de Turín no está menos forjado de recuerdos y de impulsos:

Mi fruta está a la par de su boca
Es dulce como su gusto
Mis granos son como sus dientes
Y mi forma es plena como la de sus senos.
Sus senos son como dos guirnaldas
ligadas a sus brazos.
Soy el mejor árbol del jardín, el granado.
Me mantengo todo el tiempo.

Se lee, en fin, sobre el epitafio de una mujer del Imperio Medio, este texto que honraría a cualquier amante de cualquier época:

La dulce, tan dulce en el amor
La dulce, tan dulce en el amor junto al rey
La dulce, tan dulce en el amor junto a los hombres
La primera en amor junto a las mujeres
Era hija del rey
¡Tan dulce en el amor!

La belleza de Egipto atraviesa el tiempo, gracias a la poesía de su pueblo y la sutileza de su arte. Sin recurrir demasiado a la imaginación, volvemos a ver esos seres, de una belleza auténtica, el hombre musculoso de pelvis estrecha, la mujer delgada y armoniosa, con una inmensa cabellera negra, llamando desde el fondo de los siglos a la suprema felicidad.

En el mundo antiguo nuestros medios de investigación son bastante limitados. A pesar de que la reina Victoria no ha reinado sobre Etruria, es inconcebible que nos encontremos tan desprovistos de documentos sobre la Dodecápolis etrusca como sobre el Oeste y el Sur de las Indias. Las raras tumbas descubiertas hasta ahora y que no son sino la milésima parte de lo que la Etruria guarda en su tierra, nos hacen suponer una intensa vida erótica, el justo estallido de una civilización que reconocía a los sentidos su parte en la vida del espíritu; pero nada más. El censor ha pasado por allí, un censor innoble y sin alma (que

nos perdonen el doble pleonasmo): todo lo ha borrado, cercenado, mutilado, alterado, con el pretexto de que el realismo erótico de las obras etruscas no podían ser sino el vestigio de una perversión colectiva, de una plaga purulenta que convenía refrenar. El arte peruano no ha conocido mejor suerte. Lo que hemos visto personalmente en el *Institut for Sex Research* (Instituto de estudios sexuales), reunido por Kinsey poco antes de su muerte nos prueba que el arte precolombino también ha sido mutilado.

La conquista aprovechó su fuerza y su voluntad de catequizar para destruir las obras esenciales de las civilizaciones conquistadas. No nos engañemos con los museos convencionales, estrechos de espíritu, que adoptan la censura como vulgares estados. El censor borra, por otra parte, todo lo que supere su comprensión y su medida. La valentía y el ejemplo de hombres como Minutius Félix, Lactancio, Clemente de Alejandría, Tertuliano, que dieron a la historia del arte el derecho de no disfrazar los monumentos de los tiempos pasados, no fructificó. Y aunque el erotismo fuera una plaga, el censor ha olvidado que Juan Crisóstomo consideraba la revelación de las plagas de la sociedad como el más sagrado de los deberes del moralista: “...pues si quieren encerrarse en los límites de una fría decencia, no conseguirán tocar al auditorio; para conmoverlo fuertemente, habrá que develar los hechos en toda su desnudez y sin ninguna reticencia”.

III. LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Sólo por la gracia de un estilo prodigioso y a veces asexuado, quedan vestigios de la erotología griega y de su complemento latino. No es sino un pálido reflejo de un mundo que se dilata más allá de toda imaginación, un mundo que no ignora jamás los resortes de la alegría, del sufrimiento, del éxtasis, de la voluptuosidad; pero ese reflejo existe y es ciertamente la conclusión de culturas anteriores que se nos escapan o que están dispersas en fragmentos donde toda lógica sería un fraude intelectual. Contentémonos con ese reflejo que atravesó la estupidez de las civilizaciones que desprecian la carne, y el vacío de las civilizaciones que se fundan sobre la carne.

El Olimpo es la proyección casi teatral de la sexualidad libre de los griegos: desde Zeus, que no desdeña la bestialidad del toro y del cisne y provoca la alegría inhumana de Europa y de Leda, hasta el pobre Príapo, el más plebeyo de los subdioses, el panteón helénico reproduce, trasponiéndola, la vida amorosa de una civilización particularmente refinada y equilibrada, que sabe conciliar el espíritu de Eros y el sexo de Príapo. No olvidemos que este último es el fruto de los amores de Afrodita y de Dionisio.

En la religión griega, si se puede llamar “religión” a esa vasta ópera en la que desfilan dioses, semidioses, héroes, hombres y subhombres, en una mezcolanza inextricable, se encuentran todas las herencias mediterráneas, asiáticas, prehelénicas, que se han deslizado hasta Grecia sin desligarse de su origen.

De Babilonia, de Sumeria, de Jerusalén, de Menfis, viene la costumbre sagrada de la prostitución religiosa, siempre con carácter sacrificial.

Por contraste, en el fondo del Oriente nació el culto de la virginidad. El padre tiene derecho a vender a su hija si ya no es pura. En su pensamiento extremo la pérdida de la virginidad es una de las formas latentes de la muerte. Artemisa debe permanecer virgen. El *voyeur* Acteón que la desfloró con la mirada, es transformado en ciervo y

devorado por los perros. Eso no le impide a Artemisa darle cincuenta hijos a Endimión.

De un Extremo Oriente aún ignorado vienen formas míticas que se concretan en el fruto de los amores de Hermes y Afrodita, un andrógino de nacimiento, cuyo nombre, hermafrodita, a partir de Plinio pasará a ser un sustantivo en la patología sexual.

El pensamiento afrodisíaco en su morada griega encuentra una definición particular y se somete al arte que tiende a atenuar las características sexuales. Apolo, Afrodita, Hermes, Adonis, son de ese modo "idealizados", y nada en el diseño del cuerpo muestra una preferencia justificada por uno u otro sexo. Eso facilita socialmente una cierta igualdad entre el hombre y la mujer, igualdad que no se opone a la necesidad de un amo, padre o marido. Las leyes de la democracia ateniense formuladas por hombres, colocaban a la mujer, jurídicamente, en estado de inferioridad. Pero en las costumbres, la mujer tenía los mismos derechos que el hombre, asistía a las mismas fiestas, aunque estuvieran consagradas al culto fálico o dionisíaco, y elegía sus contactos humanos. Sólo Aristóteles, "político" ante todo, vio a la mujer como a un ser inferior, aunque era demasiado sabio para ignorar su papel biológico. Platón expresó esa igualdad fundamental, que no tiene nada que ver con la disparidad de los dos seres en presencia. En el extremo límite de esa igualdad, que significa también independencia, tenemos de un lado, el reino de las amazonas[7], que no se acercaban a los hombres sino para la fecundación, y del otro ese "amor sagrado", esa "amistad", que gracias al Urano del *Banquete* de Platón se transformó en el uranismo y que sólo es concebible, según el filósofo de Atenas, entre hombres[8]. En el Olimpo y en la nómina heroica no faltan

[7] Los monumentos antiguos e Hipócrates nos hacen excluir el hecho de que las amazonas les destruyeran un seno a las niñas. Es más probable que el nombre venga de *a*, aumentativo, y *mazos*, mamo, o sea que tiene mamas grandes.

[8] Una vez por todas conviene definir ciertas formas de atracción entre los dos sexos:

-heterosexualidad, es la atracción normal de un sexo por otro.

-homosexualidad, es la atracción por los individuos del mismo sexo.

ejemplos: Zeus y Ganymedes, Apolo e Hyacinto, Hércules e Hilas, Aquiles y Patroclo, Sófocles y Demofón. Si el uranismo ha nacido en Armenia, según una tradición establecida pero de ningún modo comprobada, el Antiguo Mediterráneo ha sido su reino.

Entre los polos opuestos de los dos sexos, hay lugar para la vida social ligada al mantenimiento de la propiedad, a la innovación de la dote que frena muy frecuentemente la elección puramente sexual, a la dependencia de la mujer en el interior de la casa. Pero las civilizaciones antiguas poseen un "correctivo" cuyo alcance en sexología se ha valorado insuficientemente: la esclavitud. Si, socialmente, la esclavitud desempeña el papel de una válvula de escape en una ciudad de cuadros rígidos, en sexología la esclavitud tiene un papel importante en la elaboración y la formación de la noción de la mujer-objeto, es decir, del sexo-objeto. Sobre esta noción se injerta y después se ensancha el personaje a mitad del camino entre la cortesana sagrada y la mujer-objeto: la hetaira. Para ella el amor se practica como un arte, y los primeros tratados conocidos son debidos a mujeres como Artyanassa, vieja servidora de Helena, Filenis de Samos, Elefantis, cuyos libros sabios se alineaban en el dormitorio de Tiberio. Al lado de los teóricos se hicieron célebres, por su belleza y por su espíritu, las hetairas que hicieron tanto ruido en la historia, que se diría que ninguna otra mujer ocupaba los ocios de los griegos: Friné, que parece haber sido inmortalizada en el mármol; Lais, amante de Alcibíades y capricho de Demóstenes; Leontion, que vivió con Epicuro; Thais, que hasta fue reina y que tiene en su descendencia a Cleopatra; Aspasia de Mileto, amada por Pericles. Y en la cima de esa jerarquía entra al Partenón Lamia, "Afrodita Lamia", diosa nacida totalmente por voluntad de su amante

-sodomía o pederastia, caracteriza a aquellos que membrum in anum imittunt; "pedicar"en la lección de Forberg; K. H. Ulrichs lo denomina uranismo y Voltaire amor socrático.

-lesbianismo o safismo caracteriza a las mujeres homosexuales ("cunnilinges") que obtienen el orgasmo lambendo lingua genitalia. La mulier lambens se llama cunnilingua y el acto en su conjunto cunnilingus. Entre las lesbianas, hay una variante muy particular llamada:

-tríbadas que consiste (con la ayuda de una exageración anatómica) en la immissio clitoridis in vaginam alterius.

Demetrio, Conquistador de Pueblos (Poliorcete). El erotismo tenía también sus sacerdotisas laicas, sus lugares privilegiados, consagrados únicamente a las hetairas, y hasta sus ciudades, como Corinto o Amatonte. En las islas de Capri o de Egina había ciertas cavernas y subterráneos reservados a los decorados eróticos, según Eurípides, que hablan de esas guaridas y de su difusión.

Grecia no ignoraba nada de lo que concierne a los juegos preliminares, la realidad y la evocación de los instantes del amor. El erotismo de la posición estaba definido en una gama completa, desde el movimiento llamado ginecológico hasta las desviaciones más aberrantes del safismo y del uranismo. Es aquí donde interviene la obra del historiador escrupuloso que fue Forberg. Gracias a su conocimiento admirable de la antigüedad griega, nos dio una enumeración de las posturas eróticas que abarca ampliamente la antigüedad griega y latina, la Edad Media y el Renacimiento, y la mayor parte de los tiempos modernos. Las únicas novedades que se podrían agregar a ese "erotismo natural" vendrían únicamente del culto del diablo, del culto consciente de la violencia y de los últimos medios extranaturales Damos el texto completo, y en suma definitivo[9].

[9] Enumeración de posturas eróticas:

1. El hombre inclinado hacia adelante, recibiendo entre sus piernas a la mujer acostada de espaldas, las piernas estiradas.
2. El hombre inclinado hacia adelante, recibido entre sus piernas por la mujer acostada de espaldas, las piernas separadas.
3. La mujer acostada de espaldas, tiene entre sus piernas una sola de las piernas del caballero.
4. La mujer acostada de espaldas, los pies cruzados sobre los riñones del caballero.
5. La mujer acostada de espaldas, una de sus piernas estiradas, la otra puesta sobre los riñones del hombre.
6. La mujer acostada de espaldas, el caballero montado al revés.
7. La mujer acostada de espaldas, el caballero montado transversalmente.
8. El hombre acostado, la mujer a medias acostada sobre el flanco, las piernas estiradas.
9. El hombre acostado, la mujer a medias acostada sobre el flanco, una pierna estirada, la otra levantada sobre los riñones del hombre.
10. La mujer a medias acostada, el caballero montado al revés.

11. El hombre de rodillas, la mujer acostada de espaldas, las piernas separadas.

12. La mujer acostada de espaldas, las piernas levantadas sobre los riñones del hombre de rodillas.

13. La mujer acostada de espaldas, una pierna estirada, la otra levantada sobre la espalda del hombre de rodillas.

14. La mujer acostada de espaldas, las piernas levantadas sobre la espalda del hombre de rodillas.

15. La mujer acostada de espaldas, una pierna estirada, la otra levantada sobre la espalda del hombre de rodillas.

16. La mujer acostada de espaldas, una pierna levantada sobre los riñones del hombre de rodillas, la otra sobre su espalda.

17. El hombre de rodillas atraviesa a la mujer sentada, las piernas separadas.

18. La mujer sentada, una pierna estirada, la otra levantada sobre los flancos del hombre de rodillas.

19. La mujer sentada, las dos piernas levantadas sobre los dos flancos del hombre de rodillas.

20. La mujer sentada, una pierna estirada, la otra levantada sobre la espalda del hombre de rodillas.

21. La mujer sentada, las dos piernas levantadas sobre la espalda del hombre de rodillas.

22. La mujer sentada, una pierna sobre la espalda del hombre de rodillas, la otra estirada.

23. El hombre de rodillas, la mujer dada vuelta.

24. El hombre de espaldas, la mujer de frente.

25. El hombre de espaldas, la mujer dada vuelta.

26. El hombre de espaldas, la mujer atravesada.

27. El hombre de espaldas, la mujer levantada.

28. El hombre sentado, la mujer de frente.

29. El hombre sentado, la mujer de frente, las piernas al aire.

30. El hombre sentado, la mujer dada vuelta.

31. El hombre y la mujer de pie.

32. El hombre y la mujer de pie, una pierna del hombre o de la mujer levantada en el aire.

33. El hombre de pie, la mujer acostada de espaldas, las piernas separadas.

34. La mujer acostada de espaldas, las piernas levantadas sobre los riñones del hombre de pie.

35. La mujer acostada de espaldas, una pierna estirada, la otra levantada sobre los riñones del hombre de pie.

36. La mujer acostada de espaldas, las dos piernas levantadas sobre la espalda del hombre de pie.

37. La mujer acostada de espaldas, una pierna estirada, la otra levantada sobre la espalda del hombre de pie.

38. La mujer acostada de espaldas, una pierna levantada sobre la espalda del hombre de pie, la otra sobre sus riñones.

39. El hombre de pie, la mujer a medias acostada sobre el flanco.

40. El hombre de pie, atravesando a la mujer sentada, las piernas separadas.

41. El hombre de pie, atravesando a la mujer sentada, las piernas en el aire.

42. El hombre de pie, atravesando a la mujer sentada, una pierna estirada, la otra en el aire.

43. El hombre de pie, la mujer levantada.

44. La mujer levantada, las piernas sobre la espalda del hombre de pie.

45. El hombre de pie, la mujer de rodillas, dada vuelta.

46. El hombre de pie, la mujer en cuclillas, dada vuelta.

47. El hombre de pie, la mujer vuelta de espaldas y levantada de tal modo que sólo la parte inferior del cuerpo quede en el aire, permaneciendo la parte superior apoyada.

48. El hombre de pie, la mujer vuelta de espaldas, la parte inferior del cuerpo levantada artificialmente.

49. Hombre pedicado acostado.

50. Hombre pedicado de pie.

51. Hombre pedicado de rodillas.

52. Hombre pedicado agachado.

53. Irrumateur acostado.

54. Irrumateur sentado.

55. Irrumateur de pie.

56. Irrumateur arrodillado.

57. Irrumateur agachado.

58. Cunnilinge acostada.

59. Cunnilinge sentada.

60. Cunnilinge de pie.

61. Cunnilinge de rodillas.

62. Cunnilinge agachada.

63. Fellatio y cunnilingus.

64. Masturbador.

65. Mano oficiosa.

66. Mano oficiosa de un tercero.

67. Ayuda del dedo.

68. Ayuda de un aparato de cuero.

69. Coito con un cuadrúpedo macho.

70. Coito con un cuadrúpedo hembra.

71. Tríbada practicando la cópula.

72. Tríbada pedicando.

73. Tres participantes: un copulador es pedicado.

74. Tres participantes: un pedicon es pedicado.

75. Tres participantes: un Celador es pedicado.

Gracias a una geometría elemental, los griegos, por eliminación, se dieron cuenta que "la obra de Venus" se cumplía con el concurso del miembro o sin él. Cuando es con él, su frotamiento, base del placer, puede ser efectuado, ya en el sexo de la mujer, o por vía anal, o por vía bucal, o con la ayuda de la mano, o en cualquier sinuosidad del cuerpo. Sin él, se puede tocar el sexo femenino con los dedos, la lengua, el clítoris o cualquier objeto viriloide. No todas las posturas que Forberg ha resumido salen de ese cuadro.

Los poetas han embellecido ciertas posiciones y Aristófanes las recuerda frecuentemente:

"De modo que se puede, levantándole las piernas, cumplir en lo alto, los misterios".

LA PAZ, V, 889-890.

"... la mensajera
levanta primero las piernas y yo la atravieso".

LOS PÁJAROS, V, 1255.

Es la posición que Bernard Lammonoye expresa con las palabras:

Cruribus elatis, semisupina.

76. Tres participantes: un Celador practica la cópula.
77. Tres participantes: un Celador pedicado.
78. Tres participantes: un Pelador irrume.
79. Tres participantes: una telatriz es atravesada.
80. Tres participantes: una telatriz es pedicada.
81. Tres participantes: una telatriz sufre un cunnilingus.
82. Tres participantes: un cunnilinge opera la cópula.
83. Tres participantes: un cunnilinge pedica.
84. Tres participantes: un cunnilinge irrume.
85. Tres participantes: un cunnilinge es pedicado.
86. Tres participantes: una cunnilinge es atravesada.
87. Tres participantes: una cunnilinge es pedicada.
88. Cuatro participantes: forman una doble cadena.
89. Cuatro participantes: forman una triple cadena.
90. Grupo de cinco copuladores. Etcétera, etcétera.

Carmín, LAT. DISTICHS. ESPRESSA, 1710, carm. XV.

Se encuentran todavía graciosos versos de Aristófanes sobre otras posturas:

"A la mujer le gusta montar a caballo
y tenerse firme".

LYSISTRATA, 677.

olvidando que acababa de ridiculizar la misma figura:

"Por la mañana, temprano, montan en barco".

Un epigrama de un especialista, Filaenis, es referido por Asclépiade:

"Frecuentemente ella ha montado a caballo y jamás no obstante se ha despellejado sus piernas ágiles".

Es la actitud designada en latín por "*Equus hectoreus*" y *Venus pendula* y en griego por la palabra *peribasíe*.

Para no tener de los griegos una visión falsa desde el punto de vista erótico, recordemos que las mujeres se depilaban "apenas púberes", y en ello había "una razón suprema de ardor en los hombres":

"Si nos paseamos desnudas, el delta glabro,
Nuestros maridos se conmoverán y vendrán a copular".

LYSISTRATA, V, 151, 2.

Hasta la postura número 47 podremos encontrar otros tantos comentarios en verso y en prosa; se podría agregar la postura número 48 si un elemento *mecánico* no interviniera. Veremos que ese elemento frecuentará el erotismo de los tiempos modernos.

Después de la gama consagrada a lo que Forberg llama la "futution", los antiguos nos abruman con una filosofía muy sabia sobre la

primera serie de penetraciones anales, sea de un hombre o de una mujer. El acto se llama pedicar: el que lo cumple pedica y se llama pedicador; aquel que se deja pedicar toma el nombre de paciente, *cinede*, *catamita*, *mignon*, y si se trata de un adulto, *exoleta* o también *ritón*. De una estética próxima a la estética femenina, esos hombres también se hacían depilar. La literatura y el arte griegos insisten relativamente poco sobre las mujeres que consentían en hacerse pedicar, a pesar de que la práctica era bastante corriente; la Venus posterior tenía admiradores y las muchachas concursaban públicamente a quién tenía los muslos más perfectos. A la Venus Callipyge, que significa "la diosa de las nalgas", le fue dedicado un templo cerca de Siracusa. Por el contrario, la Venus masculina se encuentra en todos los autores del tiempo, cuidadosamente castigados por los pedagogos pedantes desde el tono festivo de Aristófanes y de Anacreón hasta los ritmos de la tragedia, como en la muerte de Filipo, rey de Macedonia, por Pausanias, a quien había violado.

Las posturas reunidas por Forberg en el número 53 y siguientes vienen del verbo irrumer, que, en su sentido propio, quiere decir dar el seno; pero que toma la acepción particular de acariciar el sexo del hombre por vía oral. Cualquiera que ejecute ese acto es un felador (o una felatriz). Se atribuye a las lesbianas y a los fenicios la invención de esa variante, al punto que dos sustantivos se encuentran frecuentemente en Aristófanes y en Lucien de Samostate: lesbianizar y fenicianizar.

De las variantes de la masturbación- corrupción de *manu stuprare*- hay poco que decir; allí también los griegos y los romanos definieron racionalmente cada posibilidad (autoerotismo, dedos, la mano de otro, mano oficiosa, etc.), abandonándolas para transportarlas en seguida a su poesía o a sus artes.

(Livia) ni aun ha desdeñado prestar su mano dulce y rolliza
para avivar los deseos de Augusto.

Ovidio, ARTE DE AMAR, III.

Relacionan con ese mismo verbo- y con ese acto- las posiciones que utilizan cualquier otro intersticio del cuerpo, las axilas, el seno, la entrepierna, la curva, las nalgas. Esa ausencia de "vías" naturales les permitía clasificar en la misma categoría el contacto con las estatuas. Plinio nos cuenta, en efecto, que la Venus de Gnido, de Praxiteles, "inflamó a un joven: una noche él se ocultó en el templo, y se acopló con la estatua dejándole una mancha, índice de su pasión satisfecha". Aunque bastante tímidamente, Grecia modeló los primeros mitos de un erotismo aplicado a los objetos fabricados. Valerio Máximo atestigua de un toro que "fue llevado a amar a una vaca de bronce y a acoplarse con ella, en Siracusa, excitado por una similitud demasiado perfecta". Por asimilación se vuelve fácil imaginar a Pasifae en el interior de la vaca de cuero o de metal que Dédalo forja para ella y para atraer al toro blanco que le había hechizado; de ese acto debía nacer el Minotauro.

En la simetría propia del razonamiento ateniense, a los feladores y a las felatrices se oponen los cunnilinges, aquellos o aquellas que ofrendan sacrificios a Venus con la lengua, lambendo lingua genitalia, "escondiendo alguna parte, la cabeza baja", como dijo Cicerón. Aristóteles no deja de señalar ese género de voluptuosidad que Galien se limitó a registrar en el plano de la observación médica.

(Arifrade) jura por su instinto natural,
por sí mismo, haber aprendido
a necesitar de la lengua, siempre espesa en los lupanares.

GUEPES, V, 1274-7.

Arrojándose sobre ella, le beberá todo su jugo.

PAIX, V, 885.

Al lado de los *cunnilinges* se coloca a las tríbadas o frotadoras, cuyo extraño clítoris permite reemplazar al macho. Toda la antigüedad reconoce en Safo su dominio sobre las lesbianas, y encontramos el eco constante hasta en Horacio y Ovidio:

Conoces bien a Safo. ¿Qué hay más lascivo que ella?
Ovidio, ARTE DE AMAR, III, 331.

¿Qué enseña la lesbiana Safo, sino a amar a las muchachas?
Ovidio, TRISTES, II, 63.

Luciano define la anomalía de las tríbadas en la confesión de Megilla:

"¿Has hecho pues como un hombre?
-No tengo precisamente todo lo que hace falta,
Pero no estoy del todo privada".

Filenis, de quien hemos recordado el tratado de posturas eróticas, era también una tríbada célebre cuyos "amores andróginos" intrigaban a Grecia. Luciano tomó su defensa en un discurso filosófico: "Vamos, hombre de un siglo nuevo, legislador de voluptuosidades desconocidas, puesto que abres rutas nuevas a la lubricidad de los hombres, acuerda pues a las mujeres una igual licencia. Que ellas se unan entre ellas como los hombres; que provista de un simulacro masculino, monstruoso enigma de la esterilidad, una mujer se acueste con otra mujer (...) ¡Qué esa palabra que golpea tan raramente nuestros oídos y que tengo vergüenza de pronunciar, que la obscenidad de nuestras tríbadas, triunfe sin pudor!" Cuando la tríbada era solamente virtual, la normalidad del clítoris era compensada por un aparato que los griegos llamaban *olisbos*, simulacro viril de cuero curtido. Más allá de este artificio, los griegos observaron también el empleo de animales, con horror, pero sin llegar a los de la ley de Moisés. La lógica y la geometría ayudan a definir el género *spintriano* (73 a 90 de la lección de Forberg) como el método para obtener la voluptuosidad por la presencia de más de dos personas unidas en cadena, como los anillos de un brazalete. "Una cadena de ese género- escribía justamente Forberg concluyendo su obra- puede extenderse hasta el infinito, se sobreentiende". Todo está casi dicho.

No olvidemos que estamos en Grecia, tierra de Thales y de Euclides, pero también país de elección de Parménides, cuyo descubrimiento de lo irracional, algo que no puede ni aun ser pensado, nos permite todas las hipótesis. Creemos sin lanzar esto al azar, que se debe a los griegos el nacimiento de la erotología, en esa "tendencia al sistema que es carácter específico y sorprendente de la vida natural por la cual ellos han fundado la ciencia. Ciertamente, una civilización tan admirable, saturada de claridad y de juventud interior, da la doble tentación del sincretismo y de las oposiciones forzadas: en realidad, no hay necesidad de solicitar los testimonios del tiempo, ellos hablan solos. El papel de la potencia genésica en la civilización griega no puede ser disfrazado sin cortar en lo vivo su sustancia. ¿Cuál era la leyenda más popular? La de Hércules. El pueblo griego contaba con complacencia su prodigiosa noche en la que fornicó con cuarenta y nueve de las cincuenta hijas de Thespius, rey de Beocia. A los ojos de los griegos había una sola sombra en esta leyenda: ¿por qué la quincuagésima se había rehusado al héroe?

La tradición griega pasa íntegramente a la vida romana, agregándose a la tradición local, ligada a los etruscos. Pero lo que era concebido por la élite equilibrada de un pueblo formado por la luz del Olimpo, se transformó en Roma en el hecho de una multitud que iba a conquistar el mundo antiguo por la violencia. Roma no inventa nada más que un sadismo colectivo que no fue definido hasta veinte siglos más tarde; pero "modernizó" la erotología y creó la palabra sexo como la entendemos desde entonces. Cicerón y Plinio, el uno por el término, el otro por la definición de "sexo débil", podrían aspirar a la inmortalidad, aunque ése hubiera sido su único mérito.

Roma olvidó rápidamente el rigor de sus orígenes. La razón de Estado se mezclaba poco con las costumbres. En los comienzos, tal vez porque Roma reaccionó contra sus antepasados etruscos, el hombre que se mostraba desnudo en público ante una mujer era pasible de la pena de muerte. Las Vestales velaban el culto de la virginidad y de la pureza. El adulterio era crimen muy grave. El matrimonio seguía siendo un asunto de casta y un problema contractual cuya principal preo-

cupación era garantizar los derechos del padre. La conquista de los países mediterráneos, con las liberalidades de una vida económica nueva, aportó las diferentes libertades de cada civilización y las manifestaciones exteriores del lujo. Roma amalgamó las herencias más diversas: fenicia, egipcia, judía, griega. Las prohibiciones cayeron una tras otra. El poder social de la familia quedó intacto, pero individualmente cada cual disponía de una libertad casi total, con un espíritu de tolerancia digno de los maestros de Atenas.

Después del período antiguo de prostitución sagrada, se instaló la prostitución pagana. Lentamente se borraron los límites entre la mujer honesta y la mujer galante. Por comodidad de lenguaje se clasificaba a las cortesanas (meretrices, mantenidas) y a las prostitutas (*lupae, fornicadoras* o *bustuariae)*. En realidad Roma se transformó en un inmenso escenario donde el gozo físico era el fin supremo. Aun antes de lo que se llamó la "decadencia imperial", Roma se complacía en toda la gama del erotismo y su contribución a los clásicos del amor es enorme, aunque se quiera silenciar a Ovidio.

Mesalina no es sino un caso anecdótico de neurosis sexual delirante. En un grabado en cornalina, perteneciente al rey de Prusia, su extrema lubricidad es figurada por un caracol, animal bisexual, rodeado de siete príapos; en realidad la emperatriz ostentaba un collar con veintiún falos, número ideal de caricias recibidas por ella en una noche. La novela de Apuleyo, *El asno de oro*, que describe minuciosamente el acoplamiento de una gran dama y un asno asombrado de la insaciabilidad de su pareja, no es sino la variante bestial de la locura de Mesalina. Pero al lado de ese monstruo sexual, que debería haber muerto a cornadas como Dirce por su toro y no a manos de Claudio, el extremo menoscabo del erotismo latino se explica por la necesidad colectiva de sensaciones violentas. El sadismo desencadenado del circo romano no recuerda sino muy de lejos a las fiestas dionisíacas combinadas con las fiestas de Cibeles, por las cuales se alcanzaba el éxtasis orgiástico con casos de castración purificadora: se trataba más bien de un sadismo exterior, de espectador, de onanista en potencia.

A la locura de Mesalina corresponde la maldición que pesa sobre Augusto, emperador del mundo, fundador de una dinastía universal y no obstante sin descendencia posible, si es cierto que una enfermedad venérea lo había vuelto estéril para siempre. El equilibrio que los griegos habían sabido guardar siempre, ya no existía en Roma.

Las "cenizas de la carne" ahogaban pues el impulso del espíritu, que sobrevivió trabajosamente sólo a través de los poetas y los artistas. *El arte de amar* de Ovidio retomó las recetas antiguas y las propuso de nuevo, generalmente según el inmutable esquema de las posturas; pero Ovidio agregó una búsqueda de amores delicados, de ternura sutil que recordaba a Platón y anunciaba la futura sublimación del amor.

Pero técnica en primer lugar:

...toma, de entre tus encantos,
ciertas actitudes, la misma no conviene a todos.
Si eres linda de cara, acuéstate de espaldas.

(III, 771, 3).

Más adelante:

Aquella cuya pierna es juvenil, el torso sin defecto,
que siempre se estire de costado sobre el lecho.

(III, 781-2).

Que apriete el colchón con sus rodillas, la nuca un poco doblada,
Aquella que tiene de bello el largo de su flanco.

(V, 779-80).

Contestaciones sabias surgieron sobre las posturas célebres. Marcial dice:

Detrás de las puertas se masturban los esclavos frigios
cada vez que Andrómaca monta el caballo de Héctor.

(X, 104-5).

Pero Ovidio, refiriéndose al papel que le conviene solamente a las mujeres pequeñas, describe:

Que la pequeña monte a caballo; grande como era, jamás
la esposa tebana montó el caballo de Héctor.

(III, 777-8).

Un consejo:
Que ellas se muestren de espaldas a aquellos
que de espaldas las encuentran bonitas.

(III, 774).

Horacio va más lejos:
... desnuda, bajo la clara lámpara
holla lascivamente con sus nalgas al caballo tumbado.

SÁTIRAS, II, 7-49.

Petronio insiste también sobre esos "misterios pigiacos", pero habría que citarlo en latín. Otras posturas no pasan sino cubiertas por razones ginecológicas. Así dice Lucrecio:

... a la manera de las fieras
se considera que las mujeres conciben mejor
(...) teniendo el torso doblado, las caderas levantadas.

DE LA NATURA, IV, 1259.

El uranismo era tolerado, pero siendo el clima distinto al de los cielos helénicos, se hablaba de él con una ironía que Juvenal, Ausone y Marcial agudizaban a su gusto.

Tú que de las sectas conoces las causas y la importancia
Dime ¿qué dogma es hacerse perforar?

escribe Marcial en un dístico célebre (IX, 48).

Suetonio no vacila en citar la canción de los soldados, que corrige la gloria de César:

César ha sometido a las Galias, y Nicomedes a César:
César hoy triunfa, por haber sometido a las Galias
y Nicomedes no triunfa, él que ha sometido a César.

Julio CÉSAR, capítulo 49.

No hay asombro, sino un placentero desprendimiento de las realidades más irritantes. Roma también conoce escenas que se renuevan a través de los siglos, sin que por eso el mundo sea castigado con el fuego celeste: "Bajo el cartel y bajo la lámpara, en los lupanares, se sentaban los muchachos y las muchachas, aquellos ornados bajo la estola de los adornos femeninos, éstas vestidas de hombres bajo la túnica y la cabellera arreglada a la moda de los muchachos. Bajo la apariencia de un sexo se encontraba otro..."

El lirismo griego ha sido tal vez reemplazado por el humor latino:

Lupercus ama a la encantadora Glycére,
sólo él la extiende, sólo él la ordena.
Como se quejara tristemente de haber pasado un mes
sin hacerle el amor, fue interrogado
por Elianus, y queriendo decirle la causa,
le respondió que a Glycére le dolían los dientes.

MARCIAL, XI, 41.

Ausone insiste en un epigrama:

¡Qué prisa tienes de dar lecciones
de lengua
a tus hijos aún no nacidos!

(CXXVII).

El cuervo era citado como ejemplo por el pueblo, que creía que se acoplaba por el pico. Plinio interviene doctamente: "El vulgo cree que

los cuervos realizan el coito y paren por la boca. Aristóteles lo niega, diciendo que se dan solamente entre ellos ese género de besos que se dan las palomas". Pero la leyenda dice más.

¿Qué hay de asombroso en que nadie se sorprendiera del texto de Suetonio? "Leo en los tratados de Asclepíades Mendés *Sobre las cosas divinas* que Atia, la madre de Augusto, habiendo ido en plena noche al templo de Apolo, para un sacrificio solemne, se adormeció mientras los demás sucumbían también al sueño; de pronto se deslizó dentro de ella una serpiente, que se retiró algunos instantes después. Ella se purificó como si saliera de los brazos de su marido".

Esas serpientes inofensivas de usos múltiples eran familiares a las bellas romanas, que las usaban principalmente en verano, para refrescarse. Ocupan un lugar al lado de esos perros adiestrados por ciertas matronas para *genitalia lambere*, de los asnos de Juvenal:

Nadie duda, en cuanto a ella,
que tendía sus nalgas a un asno que la trepaba.
(SÁTIRAS, VI, 332-3).

y de los chivos de Virgilio, descendientes bastardos de los cocodrilos de Plutarco.

Todo esto se encontró resumido en el universo cerrado que Tiberio creó en Capri, "donde una *sellaria*, teatro de sus secretas distracciones, mostraba una variedad infinita (sic) de acoplamientos: ese espectáculo reanimaba sus deseos mustios". Conviene pasar a un epigrama de Ausone:

Son tres en el lecho: dos sufren el acto infame,
dos lo cometen. Creo que son cuatro.
Error: los de los extremos juegan un solo papel,
y cuenta por dos el del medio: actúa y sufre.

Roma, en verdad, no hace más que perfeccionar en el plano técnico la inspiración erótica griega. Entre la erotología griega y la erotolo-

gía romana existe la misma diferencia que entre los arquitectos esclarecidos de la Acrópolis y los constructores inconscientes de Vitruve.

Estas notas sobre la erotología latina, que fue un verdadero fuego de los sentidos, se acaba con Ovidio:

Nutritur vento, vento restinguitur ignis.

Ese gran viento que se abatía sobre el imperio fatigado se llamaba cristianismo.

IV. LAS ÉPOCAS CRISTIANAS

Con el cristianismo, el erotismo alcanza su cima. Ya hemos visto anteriormente ensayos de divinización, por el culto de la fecundidad y por el culto fálico. Jamás faltaron diosas en los altares del Amor, y la tierna sutileza de Platón corona un período de verdadera sublimación, tanto más aguda cuanto que la sexualidad y el matrimonio habían sido dominios separados, engastados en un escenario de costumbres sin violencias y de goces epidérmicos.

El cristianismo quitó al ser-objeto su fundamento "moral": el fin de la esclavitud retiró la legitimidad del uso del esclavo. La Iglesia dudó mucho tiempo en reconocer un alma a la mujer, pero fue una mujer a quien colocó sobre los altares, en lugar de Isis[10]. San Método, en el siglo IV, supuso que una virgen de alma pura podía ser la novia de Cristo, pero esta creencia permaneció en la imprecisión de una nueva mitología. Gregorio VII creía que las mujeres estaban cerca del diablo, como instrumento, de negación de la fe; Santo Tomás de Aquino también afirmó que los demonios existen y encarnan el vicio sobre la tierra, siendo el vicio esencialmente el patrimonio de la concupiscencia, ergo, el terreno privilegiado de la mujer. Las tentaciones, como prolegómenos del pecado, no pueden venir más que de la mujer (sic). No solamente se impuso el celibato a los curas después de mil años de controversias, sino que se formó una metafísica de la carne, fundada sobre la constricción de la sexualidad y sobre una noción enteramente nueva: el pecado. Pascal ha dicho bien que "ninguna religión más que la nuestra enseñó que el hombre nace en pecado, ninguna secta filosófica lo ha dicho"'. En sexología, esta noción tiene un alcance incalculable, pues, una moral sexual, que predica el ascetismo y confunde la *copula carnalis* entre marido y mujer, la razón del "multiplicaos", con la *copulo fornicatoria*, o coito con una prostituta, sólo puede engendrar

[10] Isis es la gran potencia generadora femenina, la esencia de las cosas, Platón (citado por Plutarco). La diosa evoca la dulzura, la constancia maternal, la devoción, tanto como la fertilidad y la gracia.

terribles rechazos y, a la larga, favorecer el estallido del erotismo obsesivo.

La primera campaña del pensamiento cristiano atacó a la desnudez, que se transformó en la efigie del pecado sin igualarlo con la preocupación del pecado original, que era de orden mágico. Todos los pretextos cayeron, desde el arte hasta el matrimonio. "Quandoquidem ad actum conjugalem libido principaliter movet, est peccatum mortale". *Pecado mortal* escribe Santo Tomás. El genio místico de San Pablo, muy próximo a las fuentes del amor divino, había admitido la legitimidad de elección entre el matrimonio y la abstinencia, equilibrio posible entre el ideal del Evangelio y la realidad de la vida; él prefiere el celibato, aunque sus primeros obispos fueron hombres casados. En el sigo VII el Concilio de Trullo autorizó al sacerdote casado a vivir bajo el mismo techo que su mujer, salvo si llegaba a obispo. Todavía reinaba la dulzura de los Evangelios. La mujer perdida, la mujer publica, no era condenada sin remedio. En Bizancio Justiniano anuló las leyes que prohibían a los nobles casarse con prostitutas o comediantas, y él mismo se casó con Teodora, cortesana chipriota, que no tardó en perseguir a sus antiguas compañeras. Pero apenas murió María Magdalena, la nueva moral se endureció y se declararon abominables todos los contactos de la epidermis. El Imperio de Occidente pretendió transformarse en el feudo del ascetismo. En 1048 León IX exigió la castidad, bajo pena de herejía; después de su muerte, el Concilio de Roma (1059) reglamentó de una vez por todas la actitud del clero y prohibió oír misa dicha por un sacerdote que viviera con una mujer. Los casamientos eclesiásticos se suspendieron, pero se instaló el concubinato en las costumbres.

La mujer se transformó en el tema mismo del pecado; cualquier desborde sexual era, a los ojos de los nuevos teólogos, obra del diablo. Nacieron sentimientos desconocidos gracias a las reglas cristianas; la vergüenza femenina y el terror del pecado se trocaron en placer por el riesgo corrido y atenuaron los efectos. Del orgullo de una conquista metafísicamente difícil surgió una voluptuosidad acrecentada. "Cuando la voluptuosidad mancha a la víctima, es porque ya no es sólo ella la

experimentada por el agresor", dice con sagacidad San Agustín. La "presencia"del diablo engendró un monstruo sexual nuevo: la bruja.

Alrededor del año 1000 el fin del mundo estaba visiblemente próximo: una terrible tormenta se descargó sobre todos los seres "poseídos por el diablo", o sospechosos de "posesión", y cuyo ejemplo podía precipitar a otros en la condenación eterna. Siendo tortuoso el espíritu de la mujer, surgió el problema de rectificarlo. Las víctimas torturadas proporcionaron mil detalles sobre sus relaciones con el diablo, describiendo espantosas posturas e innumerables acoplamientos, aunque la "bruja" fuera virgen (y sobre todo, diríamos nosotros, cuando lo era). La recopilación de observaciones permitió a los teólogos echar las bases de una demonología coherente. Además Satán se dignó dejar sus vestigios: pecas en el cutis, granos, eran los efectos reconocidos de sus contactos impuros. Una doctrina de los acoplamientos con el diablo, con *incubus* y *succubus*, fue rápidamente construida. Las viejas supersticiones, que la luz griega había rechazado, resurgieron fortificadas por el arma nueva, el pecado. Santo Tomás de Aquino, Alberto el Grande, Inocencio VIII, creían en las brujas. En la época de Inocencio VIII apareció la biblia de la Inquisición, uno de los monumentos más excepcionales de la ignorancia moldeado por el odio: *Maleus Maleficarum*, "corpus jure", adoptado hasta el Renacimiento por católicos y protestantes. La voz de Carlomagno que, en 785, había condenado la creencia en las brujas y condenaba a muerte la caza de brujas, se perdió en el espacio. Las torturas ejercidas sobre la mujer desnuda, matrona, muchacha, o niña impúber, dieron nacimiento a sensaciones que se clasificaron más tarde entre las formas demenciales del placer y cuyos jueces y ejecutantes, sin olvidar a los espectadores, eran, por el momento, sus únicos "beneficiarios". Es una de las tareas más desoladoras de la civilización occidental que, alejándose del texto y del espíritu de los Evangelios, "abordó a la mujer únicamente como a un animal en celo, sin ver nada más claro en la anatomía y las sutilezas humanas". La mujer se transformó en el chivo emisario de las pasiones del hombre. Era "objeto de amor", "tentadora", "culpable desde el Paraíso", "pecadora", "la que induce al hombre al pecado", "aguijón de escor-

pión", "camino del vicio", "sexo maligno", etc.; en una palabra, semilla de bruja. Uno de los caracteres sexuales secundarios de la mujer, los cabellos, se transformó a los ojos de los cristianos, como ya lo había sido a los ojos de los fieles de Zoroastro, en encanto demoníaco. Jean Bodin afirmó que cortarles los cabellos era suficiente a veces para hacer confesar a las brujas. Cuarenta brujas confesaron simultáneamente sus crímenes después de haberlas rasurado.

La duración del fenómeno de la brujería, su intensidad, su atrocidad misma, tienen una significación bastante neta. Por un lado prueba que el mundo cristiano está lejos de estar preparado para el mensaje de Caridad del Evangelio, admitiendo que lo llegue a estar alguna vez. Por otro lado, el fenómeno tiene un contenido social, del que sólo la sexología puede darnos la clave. Se ha querido, por espíritu esquemático, imponer los valores del alma quitando al cuerpo y a sus movimientos toda esencia divina. El cuerpo es abyección, todo goce que venga de él es pecado. Varios siglos de semejante moral sólo pudieron terminar en una profunda rebelión, casi biológica, y tanto más profunda cuanto que era espontánea, salida de las fibras vivientes de una humanidad a la que se quería condicionar contra su naturaleza.

Obsesiones, histeria, neurosis se mezclaban a la vida cotidiana de Occidente y el Maligno prosperaba. Todo se relacionaba con él, desde la más inocente coquetería hasta los traumatismos del sexo.

Uno de los más perfectos ejemplos de brujería, salido de los transportes sensuales reprimidos, nos viene de 1620, y tiene por teatro el monasterio de las Ursulinas de Loudon. "Una de las monjas era una muchacha cuya ambición había alarmado frecuentemente a sus compañeras. Pero Juana de los Ángeles era hija del barón Luis Bécker y la comunidad era pobre. (...) Una vez revestida de autoridad, Juana de los Ángeles estimó que no tenía necesidad de ocultar sus viejos hábitos.

"Llegó a Loudon un sacerdote, Urbano Grandier. Era hermoso, brillantemente dotado y no tardó en ser observado por las demás. Tenía una manera de consolar a las viudas y de reconfortar a las muchachas que no estaba para nada de acuerdo con el estado eclesiástico.

"La consecuencia de esa conducta escandalosa fue que muchos enemigos poderosos se alzaron contra él. Había seducido a la hija del procurador Trincat, después a Madeleine de Brou, hija de un consejero real, y había compuesto un astuto tratado contra el celibato de los sacerdotes. Ese libertinaje agitó a Loudon. En el convento, Juana de los Ángeles se sintió fuertemente perturbada por todo ese alboroto; soñaba con Grandier, a quien jamás había visto. Éste se le aparecía como un ángel resplandeciente (...). Las perturbaciones psíquicas de Juana empeoraron y sus crisis de histeria trastornaron las noches apacibles del convento. Avergonzada de su debilidad, debió recurrir a la disciplina y dio orden a sus monjas de que la azotaran. El resultado fue desastroso; al cabo de algunos días, varias monjas sufrieron alucinaciones idénticas a las de Juana (...).

"Enviaron exorcistas al convento y sus ritos extraños y un poco extravagantes, reiterados todos los días, dieron el golpe final a la mente desordenada de Juana de los Ángeles. Sus convulsiones aterrorizaron a la comunidad, que muy pronto se convenció de que los demonios habitaban en la superiora y en varias religiosas. Sufrían por turno los mismos delirios, y entre sus gritos y vociferaciones se oía frecuentemente el nombre de Grandier.

"Acusado de haber embrujado a las religiosas, Grandier vio de pronto el abismo en que lo querían arrojar. Llamó al baile de Loudon, reclamando que se aislara a las monjas (...). La histeria volvió al cabo de cierto tiempo y el doctor Sourdis debió informar que las monjas estaban constantemente perseguidas por tentaciones impuras. Día y noche corrían por todas partes, llamando a grandes gritos a Urbano Grandier (...). El cardenal de Richelieu ordenó su arresto, recordando que en 1618 había escrito un libelo contra Su Eminencia (...).

"Los exorcistas volvieron al convento y se instalaron igualmente en las iglesias, pues el asunto ahora era público. El abate Gault consiguió desalojar a algunos demonios, y tomó la precaución de hacerles firmar una promesa. Uno de los demonios prometió salir por una hendidura del seno izquierdo; su compromiso estaba fechado y firmado:

29 de mayo de 1629, Asmodeo (sic). (El documento se conserva en la Biblioteca Nacional de París. Está escrito por Juana de los Ángeles.)

"La expulsión de demonios fue interminable (...). Los demonios firmaron muchos otros documentos (...)En 1634, Grandier fue quemado vivo".

Centenares de casos de brujería de ese tipo, vulgarizados por Aldous Huxley, pueden señalarse desde Catalina Cadière de Toulon hasta Cristina Ebner o Mechthilde de Magderbourg. Ciudades enteras fueron arrebatadas por los espasmos y las orgías del aquelarre; centenares de mujeres, niños, hombres fueron quemados o ahorcados, después de los vanos esfuerzos de los exorcistas, y a pesar de sus considerables honorarios. No sabemos gran cosa sobre los ritos del aquelarre o de las misas negras, pues las víctimas sólo hablaban cuando eran torturadas, y después de los primeros huesos rotos no había fantasía sexual, demoníaca o erótica, surgida enteramente de la mente de los inquisidores que no fueran reconocidas como realidad. Para nosotros es evidente el origen de la obsesión: la única apariencia satánica de ese largo período, enlutado por una ferocidad jamás saciada, es la indiferencia de los pueblos que la sufrieron y la apatía de los amos en nombre de los cuales se imponía. La caza de brujas se había transformado en una industria y en un espectáculo. Las ceremonias expiatorias duraban jornadas enteras. "Lo horrible y lo cómico", dice Schiller, "se combinaban admirablemente. La Inquisición española y la alemana, si no se toman en cuenta los centenares de inocentes quemados, ofrecían espectáculos dignos de las fiestas paganas; el regocijo era apenas turbado por el olor de la carne humana asada, y los salmos cubrían los gritos".

En Inglaterra, a comienzos del sigo XVII, el procedimiento de "identificación" estaba singularmente simplificado: bastaba pinchar a los sospechosos. La prueba de la inocencia o de la culpabilidad estaba establecida según que la pinchadura del inculpado sangrara o no. C. L'Estrange Ewen describe una de esas sesiones en *Newcastle*. Treinta mujeres fueron conducidas a la alcaldía, las desnudaron delante de la multitud y les hundieron agujas en el cuerpo. La mayor parte de ellas fueron estimadas culpables.

El “descubridor” de brujas recibía veinte chelines por cada mujer condenada. Ewen anota que al final, uno de esos descubridores profesionales fue ahorcado, después de haber confesado que había causado “por nada” la muerte de doscientas veinte mujeres.

Ningún país escapó a la plaga. De Francia a Suecia, de España a Alemania, de Italia a Estados Unidos, la brujería se había transformado en el chivo emisario del fracaso de la caridad cristiana.

A propósito de Estados Unidos, que se llamaba entonces Nueva Inglaterra, nos llega ahora a la memoria el nombre de Salem (1692). Precisamente de Salem salió el primer arrepentimiento público y solemne. El juez y el jurado de Massachusetts, responsables del proceso de Salem, se retractaron en estos términos: “Confesamos que no hemos sido capaces de comprender las misteriosas alucinaciones de las potencias de las tinieblas ni oponernos a ellas (...). Tememos haber contribuido con otros, aunque por ignorancia y sin intención, a cargar sobre nosotros mismos y este pueblo de Dios, la responsabilidad de sangre inocente (...). Expresamos nuestro profundo sentimiento y nuestra pena por nuestros errores (...) por los cuales estamos angustiados e inquietos en nuestros espíritus (...). Pedimos a todos perdón desde el fondo de nuestros corazones, a ustedes a quienes hemos injustamente ofendido y declaramos, según nuestra conciencia presente, que por nada del mundo ninguno de nosotros volverá a hacer semejantes cosas por semejantes razones”.

Es el ÚNICO documento de esta clase que hubo en nueve siglos de torturas monstruosas, con las cuales se quería ahogar a la naturaleza. No es lucidez mental lo que faltó, sino coraje, vieja plaga de toda sociedad establecida. Friedrich von Spee, un jesuita, declaró: “Frecuentemente he pensado que la única razón por la que no somos todos brujos es que no hemos sido torturados. Es verdad lo que un inquisidor osó decir recientemente, a modo de fanfarronería, y es que si pudiera alcanzar al Papa, le haría confesar a él también que es brujo”.

Nueve siglos de brujería dieron al arte de disimular títulos de gloria. El campesino y el artesano se deleitaban, no obstante, con una poesía robusta y gallarda. La poesía popular tenía personajes bien

típicos: el cura, el alcalde, la mujer, la virgen, la mediadora, el caballero y el valet. Un autor de los más citados era Arnault de Villeneuse, cuyo *Ad virgam erectum* trataba del poder genésico del hombre. Bocaccio cubrió con su risa la lujuria oculta. Todo eso era muy peligroso para la gente pequeña. Disimulo e hipocresía eran las condiciones necesarias para sobrevivir. Un verdadero cisma separaba a dos mundos que no hablaban el mismo lenguaje.

Por un lado, se predicaba el ideal religioso más riguroso: ayuno, castidad, pureza, lealtad, maceración, renuncia a los placeres, rechazo de los bienes terrenales, preparación para la otra vida. Salvo excepciones, ese ideal convenía a maravilla a la gleba que había sido imprudentemente sacada de su esclavitud y devolvía sobre todo a la mujer a su antiguo rango: el señor explotaba su trabajo, el cura se encargaba de su alma y el hombre le imponía la servidumbre de su cuerpo.

Por el otro, se afirmaba que la tierra ofrecía placeres para ser tomados. Ese mundo ignoraba al otro, al punto de que las mujeres, reservadas con los hombres de su raza, se mostraban desnudas a los rústicos con una indiferencia perfecta.

La proclamación del derecho al placer tuvo una fuerza revolucionaria que no se había previsto. La ciencia aportó su grano de sal. Los sabios- secta más peligrosa que las brujas- revelaban la naturaleza del hombre.

Al amor cristiano, que sólo duró lo que dura un ágape, le sucedió otra forma de sublimación; el amor cortés:

Nuls om ses amor re no van.

La caballería estableció un código amoroso y se vio nacer una poesía erótica donde la mujer no era sólo objeto de voluptuosidad, sino pareja igual del hombre en la justa amorosa.

Dompna, sai dizon de mest nos
Que, poisque dompna vol amar

Engalmen deu son drut onzar
Pois engalmen don amoros.

Ciertas melancolías parecen cláusulas de estilo:

Ben sai c'anc de lei no.m janzi,
Ni ja de mi no.s jauzira
Ni per son amie no.m tenza
Ni coven no.m fara de si:
Anc no.m dis ver si no.m menti
E no sai si ja s'o fara, a a.

Algunos afirman que estos son resabios de la herejía maniquea. Pero la doctrina cátara manifestaba la voluntad de hacer inconciliables el alma y el cuerpo. El amor cortés es todo lo opuesto.

Florecieron las cortes de amor, de las que formaban parte señores y eclesiásticos, poetas y músicos. Ciertamente esta sublimación era parcial y el amor carnal tenía sus poetas, muy escuchados. Guillermo IX, duque de Aquitania y poeta, partió para la Cruzada con un harén de hermosas cortesanas:

"Ben deu quascus lo joy jauzir".

Pocos cruzados utilizaron el cinturón de castidad. Las relaciones secretas se multiplicaron, pero por su libertad, por la ausencia de pecado, no fueron necesariamente "faltas". El cinturón de castidad, por el contrario, fue muy utilizado por los primeros burgueses que lejos de la élite, necesitaban argumentos menos dialécticos que el éxtasis del corazón. Esa lejana herencia de Afrodita, según la Odisea, apaciguó a más de un mercader de Florencia y de España, donde su uso persistió hasta el siglo XIX. En este lado del mundo, coexistiendo con el mundo de los humildes, una amplia euforia, un espíritu de tolerancia, un culto del conocimiento continuaron la evolución nacida en Atenas. Aunque con raros excesos, cuyo origen patológico ya no se puede demostrar, se

estableció un sabio equilibrio entre lo sensual y lo espiritual. Es cierto que "la lubricidad y el ardor lumbar tienen poco o nada de común con el Amor", dirá Luisa Labé (*Debate de la locura y del amor*, Dis. III). Pero la carne tiene sus derechos sin aplastar el espíritu. El cristianismo contribuyó poderosamente a afinar ciertos sentimientos y a exaltar otros. La idea de pecado, lo hemos dicho, es una sal suplementaria no desdeñada, sobre todo por las mujeres. La propia Iglesia sufrió el contragolpe de la tolerancia impuesta por los Cruzados. En cierto momento trece mil cortesanas siguieron a los Templarios. Se veía que era difícil predicar la castidad en esas condiciones y se llegó a reconocer la necesidad social de las instituciones secretas. La Iglesia reglamentó ese mundo de pecado (pero no de perdición), que no se podía desarraigar sin blasfemar la naturaleza del hombre. Las cortesanas vivieron cerca de las iglesias y se les hizo seguir ciertos ejercicios religiosos. Los superiores y las superioras de los conventos de copete poseían burdeles, y "casas de Magdalena" para posibles arrepentidas.

El poder secular no podía quedarse atrás y el emperador Federico III acordó a las cortesanas licencias comerciales (vinos, establecimientos de baños, etc.).

La prostitución se insertó sin choques en la nueva sociedad.

V. DE ARABIA A LA INDIA

Las Cruzadas establecieron contacto con otro universo que Mahoma acababa de crear: el Islam, la última religión fundada en el mundo. Según la palabra misma de su profeta, en el Islam la práctica del ascetismo monástico quedaba reemplazado por el ejercicio de la guerra santa. La civilización árabe tomó un giro "heroico" que se reflejó también en las voluptuosidades amorosas, más o menos celestes. La hipérbole era fácil y el paraíso prometido a los mahometanos, un jardín de delicias, donde las mujeres de una belleza inesperada ofrecerán su adolescencia ardiente, en las alcobas doradas del amor infatigable "siempre recomenzado", en el aire calmo perfumado de rosas.

Es bastante evidente que la poesía provenzal no ignoró a la poesía árabe, gracias a las Cruzadas; ese ideal, en el que el orgasmo corresponde al éxtasis del alma; poseída por Dios pero instalada en el corazón de la carne, se relaciona con el Oriente. Para no asombrarse por esas migraciones poéticas, pensemos en los motivos plásticos que aparecieron en primer lugar en los sellos arcaicos sumerios, para pasar a los sellos asirios, aqueménidos, y en los tejidos sasanidas de donde pasan a los tejidos árabes y a la escultura romana.

El matrimonio cristiano socializó la sexualidad. El mito islámico hizo de la sexualidad el resorte de la felicidad que Dios ofrece a los justos. En la tierra, el hombre puede tener cuatro mujeres, pero esto no será frecuente, siendo la bigamia generalmente suficiente. La poligamia[11] era de todos modos para los príncipes y no sin complicaciones: tenía que cuidar el harén, mantener eunucos, condenar muchas mujeres a la abstinencia, con las inevitables huidas.

Desde su más tierna infancia la mujer musulmana era criada para el hombre. El erotismo se convirtió en un culto profundo. Se considera que su manual era *El jardín perfumado*, de Cheik Nefzaoui, quien

[11] La poligamia es un régimen sexual posible solamente en las civilizaciones donde la condición social de la mujer es muy inferior a la del hombre"(Hesnard).

ilustra, también él, las posturas amorosas que se sugiere al creyente. Nefzaoui indica veintiuna, pero reprocha a los hindúes las suyas: "Han descrito un número muy grande de posiciones, pero la mayor parte no procuran una verdadera voluptuosidad. Hay más esfuerzo que placer".

En realidad *El jardín perfumado* no es sino un Kama-Sutra menor. La obra que da la medida del erotismo islámico donde poesía, imaginación, sexualidad, alucinación y exaltación se mezclan inextricablemente, es el Libro de *las Mil y Una Noches*. Es una hechicería y un poema, el diario de una civilización y su libro sagrado, más profundamente sagrado que los libros "revelados". Desde el principio el mecanismo se desarrolla según la óptica árabe. El rey Schahriar, que reinaba en las islas de la India y China, pide a su hermano lejano, el rey Schahzaman, que reinaba en Samarkanda, que lo vaya a visitar. Una falsa partida de Schahzaman le hizo descubrir "a su esposa extendida sobre su cama y abrazada por un esclavo negro. Sintió que se le nublaba la vista." Sacó su espada y golpeando a ambos, los mató sobre la alfombra de la alcoba.

Cuando Schahzaman, con el corazón lacerado, llegó a la casa del rey, su hermano, por una ventana abierta a la noche, asistió a la siguiente escena: "La puerta del palacio se abrió y salieron veinte esclavos y veinte esclavas, y la mujer del rey, su hermano, en medio de ellos, con su resplandeciente belleza. Al llegar a una fuente se desvistieron todos y se mezclaron entre ellos. Y súbitamente la mujer del rey gritó: '¡Oh, Massaoud! ¡Oh, Massaoud!' E inmediatamente corrió hacia ella un sólido negro que la abrazó, abrazándolo ella también. Entonces el negro la cargó sobre sus espaldas. A esa señal todos los demás esclavos hicieron lo mismo con todas las mujeres."

Según un dicho viejo como los hombres, el episodio sirvió de consuelo al pobre Schahzaman. Su hermano lo obligó a contarlo todo. Y entonces partieron "por el camino de Alá". Encontraron a una joven, deseable, resplandeciente de belleza, que era la amiga de un effrit[12]. Cuando el effrit dormía, ella obligó a los dos reyes a que la tomaran. Después les mostró un collar de quinientos setenta sellos diciéndoles:

[12] Genni (de donde salió la palabra "genio").

"Los propietarios de esos sellos han copulado todos conmigo ante los insensibles cuernos de este effrit".

Eso también le sirvió de consuelo a ambos y Schahriar pudo cortarle la cabeza a su mujer y a los cuarenta culpables con el corazón sereno.

Pero esa experiencia dictó al rey una regla; todas las noches "consumía" una joven virgen y, pasada la noche, para evitar riesgos, la hacía matar. Intervino la hija del visir, Scheherazada[13], quien aceptó el peligroso homenaje del rey, con la condición de que éste consintiera en escuchar una historia. Sólo al finalizar el cuento el rey podría hacerla ejecutar... Y la historia comenzó, una historia multiforme, infinita, iridiscente, frondosa, que proseguía interminablemente. Al rey le gustaban las historias y le gustaba Scheherazada... y su hermanita Doniazada[14] que había crecido durante los tres años del relato. Scheherazada, que demostró que la poesía era, a veces, más poderosa que el acto del amor, se transformó en reina.

La visión erótica que se desprende de *Las Mil y Una Noches* es una de las más completas que haya concebido una civilización. Con un ardor que no se apaga, con una suerte de turgescencia de la imagen, del ritmo, de lo maravilloso, el Islam, entonces conquistador, integró el erotismo en la vida. Lejos de estar separado de la vida por un contexto moral, por tabúes religiosos o por amenazas biológicas, el erotismo se transforma en uno de los aspectos de la vida misma. No creemos que ese milagro se haya repetido en otras formas de civilización, aunque India, China y Japón se le hayan aproximado. Corresponde, sin duda, a un momento de la historia y al vértigo que la Égira provocó.

En la erotología árabe, descubierta en el arte persa, el turco o el hindú, el sentimiento humano llevado hasta su transfiguración, es decir hasta lo sagrado, domina la noción de la vergüenza. El erotismo se "presenta en lo que es fundamentalmente divino". La vida y el acto de procrear se expresan con un completo abandono y una alegría total. En esa concepción, el eunuco no es un ideal sino la víctima de un acci-

[13] "La hija de la ciudad."
[14] "La hija del mundo."

dente. Abelardo sería inconcebible en el Islam. Visto de cerca, el drama de Abelardo no reside tanto en su amor por Eloísa ni por el hecho de que fuera castrado por los cuidados del tío de Eloísa; más bien hay que ver el drama de una civilización obsesionada que quiere llevar la castidad y la esterilidad hasta sus consecuencias extremas, rehusando explicitar esa amenaza mórbida, netamente masoquista, que data de la interpretación de los Evangelios y de la traición de las palabras de San Pablo.

La civilización occidental, si nos limitamos a juzgarla por sus prohibiciones, da a los sentidos un aspecto bullente, verdadero nido de víboras. La civilización salida del Islam, que se extendió hasta los Pirineos, consideraba a los sentidos como uno de los aspectos esenciales del hombre, inseparables de su totalidad y de la significación mágica, casi sacramental de sus actos. De ahí esa "violencia sosegada" que la caracteriza. "La acción donde todo mi cuerpo se hace todo signos y todo fuerza (...). Comprendo lo que el amor podría ser al extremo: exceso de lo real. Las caricias son conocimientos, los actos del amante serían los modelos de las obras". Esos pensamientos de Paul Valéry, concuerdan con el ejemplo de *Las Mil y Una Noches*.

No tenemos la presunción de abordar la historia de la India, ni aun desde el ángulo de la erotología, en algunas páginas. Esa historia está ordenada según el ritmo de sus civilizaciones sucesivas, marca de los invasores y de los amos que la India ha sufrido; no obstante, la homogeneidad y la originalidad de su cultura no ofrecen duda, a pesar de la multitud de lenguas y de razas. Se distinguen los aportes exteriores de la Mesopotamia, de la Grecia clásica, de Roma, del Oriente helénico y del Islam (hasta Europa antes de su capitulación). Pero del Indus al Ganges, y desde el mistral al monzón, el camino es largo y la cultura llega asimilada, transformada y a veces transfigurada. Los arios se volvieron *hindúes* en los templos védicos, del mismo modo que los primeros ejércitos santos del Islam, un milenio más tarde.

Desde el fondo de su protohistoria, la India veneraba al futuro dios Siva, "el supremo Yogi": los arios invasores no pudieron dejar de

sufrir la influencia del mundo en el que penetraron, un poco en la medida en que Grecia se dejó desviar por la Creta de Minos.

Uno de los "Cuatro Vedas", el *Rig Veda*, unos quince siglos antes de Cristo, decía:

"Y el hombre desea a la mujer
Tan naturalmente
Como la rana sedienta, a la lluvia".

Y el *Himno a la Creación* alcanza las fronteras de la especulación metafísica:

El deseo, al principio hurgó en sí.
El deseo que fue la primera simiente del Espíritu.
El lazo del Ser con los sabios del No-Ser
Revela en su corazón el deseo de Sabiduría.

Al *Atharva-Veda* no le faltaban fórmulas ni encantos eróticos. Durante el milenio que duró las síntesis ario-dravídica[15], elaboró un código moral, que dio nacimiento al derecho *gandharva*, según el cual es suficiente una declaración de amor hecha por el hombre a la mujer o por la mujer al hombre para que éstos estén unidos. Ese es el tema del poema de Kalidasa que canta al amor de Duchyanta y de Chakuntala.

Deseando su opuesto, el Ser supremo impregna a la naturaleza; la atracción mutua de los dos principios se convierte en la fuente de la vida. Al comienzo esa persona "tenía la naturaleza de un hombre y de una mujer estrechamente enlazados. Se deseó un segundo e hizo de modo que su ser espiritual se desdoblara. Entonces "el marido y la esposa" vinieron a ser. El uno poseyó a la otra y de ahí nacieron los seres humanos. Y Krishna, encarnación de la divinidad suprema, dice:

Yo soy en los seres, el deseo

[15] Los dravidas no son indígenas, pero su raza no es segura. Se los considera protomediterráneos, a pesar del color de su piel. Sabemos solamente que su aporte no es inferior al de los arios.

Más recientemente, los *Upanishads* reflexionaron sobre el goce de la unión física que la creación procuraba al creador:

Abrazando a su bienamada, el hombre olvida el mundo entero, a la vez lo que está en él y lo que está fuera de él. Del mismo modo para aquel que abraza al Yo, no existe más nada, ni en él, ni fuera de él.

BRIHAD ARANYAKA

Después los símbolos se despliegan.

La mujer es el fuego, su matriz el combustible, el llamado del hombre el humo. La entrada es la chispa. En ese fuego los dioses forman la ofrenda. De esa ofrenda sale el niño.

TCHANDOGYA, V, 8, 1-2.

En ese universo formado de goce y de sensualidad, de pensamiento y de intuición, apareció Buda, el Iluminado. Las esculturas greco-gandharianas ilustran a Buda dejando detrás de él a un grupo de mujeres en estado de *ágape*, "reposo de amor" o posvoluptuoso, que se concilia con el sueño. El propio Buda engendra tres etapas de la creación: *Kamaloka*, el mundo de los deseos, *Rupa-loka*, el mundo de las formas puras más allá de los deseos, y *A-rupaloka*, el mundo sin formas, el Absoluto.

El ideal budista no se opone al ideal hindú: la práctica del yoga era, por otra parte, común a las dos disciplinas. Observando ciertas posturas determinadas, afirma la doctrina del yoga, es posible modificar las posiciones de los centros sutiles, unos con relación a otros, para corresponder finalmente a un nuevo *yantra*. Las posturas yogas o *asanas*, son de dos categorías: la *padma-asana* o posición de loto, y las diversas posturas eróticas. Cada una de esas categorías cuenta con noventa y cuatro variantes. Esa enseñanza tiene por objetivo la liberación de los obstáculos que causan *avidya*, la ignorancia; *asmita*, el ego grosero, *raja*, la adhesión; *avecha*, el odio; *abhinivecha*, la sed de vivir.

Bajo el imperio Gupta, hacia nuestro siglo IV, trascendencia y goce han madurado. En Ajanta se ven aún escenas amorosas que eternizan la pasión de los cuerpos y superan la belleza misma de esas pinturas solemnes, donde el misterio sensual no es jamás inferior al misterio divino. La sexualidad (*Kama*) es uno de los cuatro fines que la India atribuye a la vida.

Entre los poetas de esa época, hemos nombrado a Kalidasa, en quien la India reconoce a su cantor por excelencia; están también Bhartrihari, maestro de la poesía erótica, y Vatsyayana, sabio que terminó por conquistar una gran autoridad en la materia gracias a un tratado, estúpidamente vulgarizado, que se llama *Kama-Sutra*. El placer sexual es considerado como el símbolo de la beatitud suprema y aun como uno de los medios que conducen a ella. Ubicado en su contexto histórico y filosófico, es evidente que ese libro para censores avispados es una de las grandes conquistas del espíritu. Como todos sus predecesores (doce, según Mulk Raj Anand), de quienes él es, en cierto modo, el codificador, Vatsyayana es consciente de tratar un sistema que, tomando en cuenta que la curiosidad sexual es una de las causas de la perversión mental, quiere explicarla con claridad, para conducir al sano goce de los placeres carnales, pero también para lavar el espíritu de perturbaciones y suciedades.

"Todo el sistema Vatsyayana gira alrededor de la psicología de la educación erótica, a la luz de la más alta delicadeza y de la más exquisita sensibilidad."

Por ejemplo[16] en el capítulo titulado "Arte de ganar la confianza de la esposa", analiza el "modo de abordar a la recién casada", insis-

[16] Esquema del Kama-Sutra (extraído de: Theologie Hindoue, le Kama-Sutra. Regles de l'Amour, de Vatsyayana (Morales des Brahmanes). Traducido por E. Lamairesse, París, 1891. Edición original.
HAY SIETE FORMAS DE UNIÓN:
Unión espontánea (simpatía y gusto mutuo).
Unión del amor ardiente.
Unión por el amor por venir (el amor sólo está en germen).
Unión del amor artificial (sin amor).
Unión del amor trasmitido (uno de los dos "actores" se imagina estar en brazos de otro).

Unión llamada de los eunucos (amor durante el tiempo necesario para apagar el deseo del hombre).
Unión falaz (el acto brutal).
BESOS:

Se besa la frente, los ojos, las mejillas, el cuello, el pecho, los senos, los labios, el interior de la boca, las unturas de las piernas, los brazos y el ombligo.

Con una muchacha hay tres formas de besos:

1° Nominal (sobre los labios);

2° Palpitante (se presiona entre los labios el labio inferior del amante);

3 Tocante (con la lengua, cerrando los ojos, las manos en las manos).

I. El beso recto: sobre los labios.

II. El beso inclinado: con la cabeza inclinada.

III. El beso vuelto: uno de los amantes vuelve hacia sí, con la mano, la cabeza del otro, y con la otra mano le toma el mentón.

IV. El beso oprimido: fuerte presión de los labios sobre el labio inferior del otro.

V. El beso muy presionado: el labio tomado entre dos dedos, tocado con la lengua y presionado fuertemente con un labio.

1. Beso del labio superior (el hombre besa el labio superior de la mujer, en tanto que ésta besa el labio inferior).

2. Beso abrochado (uno de los amantes toma con sus labios los labios del otro).

3. Beso "combate de la lengua" (como el precedente, pero con contacto de lengua).

a) Beso que enciende el amor (sobre el rostro del amante dormido).

b) Beso que distrae (besar a un amante distraído u ocupado).

c) Beso que despierta (besar al amante acostado).

d) Beso de declaración (se besa la imagen reflejada en un espejo o en el agua, o sino la sombra proyectada).

e) Beso que se trasmite (besara un niño, una estatua o una imagen en presencia del ser amado).

f) Beso de provocación (sobre un dedo de la mano, sobre el muslo o el dedo grueso del pie).

ABRAZOS:

1° La yedra.

2° Trepando a un árbol (un pie de la mujer sobre el pie del hombre y el otro sobre su muslo).

3° La mezcla del sésamo con el arroz (pareja acostada y entrelazada).

4° La mezcla de la leche y del agua (olvido total).

PRESIONES:

La media luna: la marca curva de las uñas que se imprime sobre el cuello o los senos.

Círculo: dos medias lunas impresas una sobre otra, en el ombligo, en las pequeñas cavidades alrededor de las nalgas y en el surco de la ingle.

La línea: una pequeña señal de uña.

La garra de tigre: línea curva trazada sobre el seno.

Pata de pavo real: con las cinco uñas.

Salto de liebre: marca de las cinco uñas alrededor de la tetilla.

Hoja de loto azul: marcas hechas sobre los senos o las caderas en forma de hoja de loto.

MORDISCOS:

1° Mordisco inflado: la piel es presionada como una tenaza.

2° El punto: una pequeña porción de piel es tomada por dos dientes solamente.

3° Coral y joya: la piel es presionada a la vez por los dientes (las joyas) y los labios (el coral).

4° La línea de la joya: mordisco hecho con todos los dientes.

5° La nube rota.

6° El bocado del jabalí: sobre los senos y los hombros, dos líneas de dientes marcados, unos encima de otros.

CLASIFICACIÓN DE LOS HOMBRES (según sus dimensiones)

1° Liebre.

2° Toro.

3° Caballo.

CLASIFICACIÓN DE LAS MUJERES:

1° Gacela.

2° Yegua.

3° Elefante.

Uniones superiores: el N° 2 (toro) con el N° 1 (gacela), el N° 3 (caballo) con el N° 2 (yegua).

Unión muy superior: el N° 3 (caballo) con el N° 1 (gacela).

Uniones inferiores: el N° 1 (liebre) con el N° 2 (yegua); el N° 2 (toro) con el N° 3 (elefante).

Unión muy inferior: el N° I (liebre) con el N° 3 (elefante).

POSICIONES Y ACTITUDES DIVERSAS:

Para la mujer, Gacela, N° 1, hay tres posiciones:

a) Plenamente abierta.

b) Abierta (muslos levantados y separados).

c) De la esposa (pies cruzados sobre los muslos).

Posición de presión (la mujer encierra a su amante en sus muslos).

Posición entrelazada (la mujer cruza con una de sus piernas, los muslos del hombre).

Posición de la yegua (la mujer retiene la lingga en su yoni como en un torno).

Posición montante (la mujer levanta sus piernas enteramente estiradas).

tiendo sobre la “necesidad de los métodos dulces”, sobre la “necesidad de ganar el amor de la mujer antes de tener con ella relaciones conyugales”. Explica la técnica del acercamiento desde “el abrazo” hasta “el beso” que constituye la segunda etapa, después una tercera que contiene “la relación íntima”, “el cosquilleo de los senos”, y la “técnica de la manipulación”.

Posición abierta (la mujer coloca sus piernas sobre las espaldas del hombre).

Posición prensante (el hombre presiona contra sí las dos piernas cruzadas y levantadas de la mujer).

La puesta del clavo (una de las piernas de la mujer es puesta sobre la cabeza del hombre, la otra extendida).

La posición del cangrejo (las piernas de la mujer sobre el estómago del hombre).

El paquete (la mujer levanta y cruza las piernas).

La forma de loto (piernas cruzadas una sobre otra manteniendo los muslos separados).

La posición giratoria (el hombre da una vuelta alrededor de la mujer sin dejarla).

La posición de la vaca (la mujer se pone como un cuadrúpedo).

Unión apoyada (el hombre y la mujer se unen de pie).

Conexión suspendida (el hombre levanta y sostiene a la mujer sentada sobre sus manos juntas y entre sus brazos).

Unión doble (con dos mujeres).

Unión con una manada de vacas (varias mujeres).

Unión en el agua.

Unión baja (sodomización).

LOS NUEVE ACTOS DEL HOMBRE:

1°) La penetración (exactamente de frente).

2°) El batido (lingga en la mano dando vueltas alrededor del yoni).

3°) La perforación (en la parte superior).

4°) La frotación (en la parte inferior).

5°) La presión (la lingga presiona largo tiempo al yoni).

6°) El golpe (salida y vuelta a entrar).

7°) El golpe de jabalí (parcial).

8°) El golpe de toro (total).

9°) El juego del gorrión (movimiento muy rápido).

TRES ACTOS COMPLEMENTARIOS DE LA MUJER:

Las tenazas (aspiración repetida).

El trompo (la mujer da vueltas alrededor del hombre).

El columpio (la inversa del batido).

El capítulo titulado “Clasificación de las uniones sexuales” comprende instrucciones sobre los siguientes temas: “Los dos aspectos de la unión sexual: clasificación según la dimensión de los órganos; los diversos géneros de unión que permite la talla; la naturaleza de las pasiones y su duración; y cuatro categorías del goce sexual”.

El capítulo titulado “El arte de abrazar” se refiere a los “sesenta y cuatro accesorios”de las relaciones sexuales; la técnica del estrechamiento; los estrechamientos íntimos; estrechamientos durante el coito; los frotamientos; y las presiones como procesos accesorios agradables.

El capítulo sobre “Arte y técnica de besar” comprende “el orden de los besos y de las otras formas del juego de amor; la técnica del beso; tres modos de besar a una mujer sobre los labios; el juego que comporta el beso como prenda; el beso concordado o recíproco; el beso sobre otras partes del cuerpo; otras formas particulares de los besos; y los besos sobre las manos y sobre los pies”.

El capítulo titulado “Actitudes durante la comunión sexual” trata de “tres actitudes en unión estrecha; cuatro actitudes en unión floja; otras actitudes durante la unión sexual; actitud en la que la mujer da la espalda al hombre “; actitud de la caza o de los cuadrúpedos; coito de grupo en las sociedades matriarcales; condenación del coito en el ano de la mujer”.

El capítulo titulado “Trastrocamiento de las actitudes normales y técnica de la intromisión” pasa revista a los siguientes temas: “Dos modos por los que la mujer puede jugar un papel activo; cómo acrecentar la juventud en la mujer; signos reveladores de una pasión acrecentada en la mujer; diez modos de intromisión de la verga; tres modos de invertir las actitudes”.

El capítulo titulado “Conducta a observar antes y después de las relaciones sexuales” expone: “Cómo recibir a una mujer a la que se desea; lo que debe hacerse después del coito; cómo acrecentar la pasión de los enamorados; diferentes modos de coito según la naturaleza de la pasión”.

Ese tratado que desde hace siglos ha sido traducido a todas las lenguas, desde el chino al portugués, guarda a nuestros ojos, la estruc-

tura un poco pedante de todo tratado filosófico. Es propio de los filósofos, clasificar y codificar todo lo que se puede decir de un tema, aunque se lo haga pasar por todos los matices tautológicos, o la evidencia caiga en el lugar común, reservando el ataque fulgurante para el primer traslado original de una coma. Pero Vatsyayana era también poeta y sus fórmulas franqueaban, frecuentemente, la aridez de la geometría amorosa.

En el origen del *Kama-Sutra* está la divinidad de Siva, uno de cuyos nombres es Linggaraja: es además representada muy frecuentemente, bajo el aspecto de "lingga"

El yoni y la lingga simbolizan la creación del universo.
La unión representa el Karma (la acción).
VATULA CHUDDA AGAMA.

La India no ha dejado jamás de adorar la "lingga" de Siva y aún hoy se hacen peregrinaciones a los lugares santos de sus apariciones: la más célebre, por haberse materializado, tiene por teatro la gruta de Amarnath, sobre el Himalaya, descubierta en tiempos muy viejos por un pastor. Advirtiendo las formaciones de hielo que la estación había modelado, el hombre creyó ver un milagro. Reconoció la "linga" de Siva, la de su hijo Ganech, el elefantito, y el seno de la diosa Parvati, esposa de Siva y madre de Ganech.

Esa "lingga" de Siva, fotografiada por primera vez por Georges Bourdelon y Bernard Daillencourt, es una estalagmita de hielo de tres metros de altura. Los fieles la coronan de claveles. Falta visiblemente en su base, la baldosa ritual que se encuentra en todo templo, excavado en su medio y que se denomina *yoni*[17].

Los peregrinos, en éxtasis a la vista del falo divino, no nombran al dios sino a la diosa que lo recibe:

-¡Parvati! ¡Parvati!

[17] El yoni representa los órganos femeninos (véase H. Flournoy, Giva Androgyne, "Arch. de Psych.," Setiembre de 1922).

Krishna, especie de Orfeo hindú, dotado de ubicuidad, satisfacía por Siva a sus mil amantes, los *Gopis*[18].

La permanencia del culto de Siva en la moral social a través de la historia de la India está probada por una experiencia límite que se continúa en nuestro tiempo: el amor colectivo, prenupcial, de los Muria. Ese pueblo hindú aporta su solución a los peligros de las "prohibiciones" sexuales, "vacunando" en cierto modo a los jóvenes desde la más tierna edad. Esa "vacuna" es el acostumbramiento debido al dormitorio común, llamado *ghotul*. Muchachos y muchachas gozan de una libertad total y su curiosidad no tiene trabas. Una estricta disciplina social en el interior del *ghotul* se une a una autoeducación sexual, donde sólo el instinto de propiedad es excluido como una tara.

Uno de los resultados negativos de esa experiencia es que los Muria ignoran la palabra "amor", tanto como la palabra "deseo". Los resultados positivos son numerosos: los matrimonios son muy sólidos y la fidelidad está rodeada de un admirable respeto y de un rigor casi ritual. Los celos han desaparecido y la lealtad es un reflejo. Desde luego, domina la ley tribal. La patología sexual no tiene objeto aquí; si creemos, con Oraison, que las perturbaciones de ese orden están "al menos tan extendidas como la jaqueca o el dolor de muelas", no podemos menos que inclinarnos ante esta experiencia, ciertamente más concluyente que las costumbres de los melanesios.

En esa creencia colectiva, en esas verdades adquiridas, sin debilidades y sin violencia, el arte de la India toca con soltura el dominio del erotismo. Cuando se habla de la escultura hindú, callando su contenido erótico, mutilando sistemáticamente toda iconografía que pueda dar una idea auténtica de esa civilización, se comete un crimen estético y un fraude cultural. Nuestros tabúes no son disculpas. Ese fraude está próximo a la triste comedia que durante dos mil años pasó en silencio al uranismo griego, haciendo de Platón el antecesor del amor cortés.

Todos los temas del *Kama-Sutra* fueron tratados en las esculturas medievales de los templos, en Konarak, evidentemente, en Pataliputra, en Khajuraho, en Bhuvanechouar o en Puri, y prueban que la suprema-

[18] Son tiernas vaqueras, femenino de cow-boys.

cía de Siva se acrecentó con el tiempo. Se definieron cultos nuevos: *Kayla* y *Kapalika*, que exaltaban la sensualidad fascinante del sivaísmo, por un simbolismo cada vez más conciso que implica también un esoterismo necesario.

Esas piedras, que resistieron cerca de diez siglos, nos transmiten aún su voluntad de dar al amor un culto y un ritual aristocráticos. Las joyas del Templo del Sol (sigo X), en Konarak, del Templo Lakchmi (sigo IX), aclaran una de las dos pasiones primordiales del hombre: la alimentación y el sexo, pero expresan también el poder del arte, su contenido mágico que va de la alucinación al reposo apacible de los mundos de tres dimensiones. Por el poder de ese arte la emoción erótica, de lo poético a lo sensual, y la vida espiritual, de la ternura al amor de Dios, se mezclan inextricablemente, como si San Juan de la Cruz entrara en juego y ayudara a destruir la vieja antítesis entre la carne y el espíritu. Frente a la escultura erótica de la India nos sentimos singularmente tentados de parafrasear una afirmación de Malraux: la sexología se nos aparece, en primer lugar, como el conocimiento de lo que ha hecho del hombre algo distinto que un accidente del universo Y puesto que hablamos de esculturas hindúes, nos permitiremos recordar las extraordinarias esculturas de Bomarzo, en tierra etrusca, que se ligan extrañamente al mundo oriental. Sabemos que son solamente un encuentro de 1525, pero es perturbador. El gigantismo y el erotismo, la fauna también, comprendido el elefante, son en esa tierra italiana los hermanos de las obras del Oeste de la India. A veces, en Bomarzo, se va más lejos, en una especie de erotismo extraterrestre que sólo un Baudelaire puede ilustrar:

Recorrer cómodamente sus magníficas formas;
Arrastrarse sobre la vertiente de sus rodillas enormes,
Y a veces en verano, cuando los soles malsanos.
Fatigada, la lleva a estirarse, a través de la campaña,
Dormir, perezosamente, a la sombra de sus senos...

Se puede *vivir* en Bomarzo esas imágenes. Las sirenas tienen adolescentes ya viriles a la altura de sus bocas, las ninfas rocían lascivamente una vieja fuente. Ese pequeño universo cerrado en un jardín de altos muros sólo es extraño para nosotros y no desconcierta sino a nuestra lógica. Por una parte, armoniza con ese fondo común que mezcla las fuentes egipcias con las etruscas, la dravidas con las arias, y las mediterráneas con las etíopes; por otra parte, con el mundo del Renacimiento, rebelado contra una ética obsesiva que origina innumerables obsesiones.

VI. EL RENACIMIENTO O EL HOMBRE DEL CENTRO DEL MUNDO

El hombre vuelve a ser descubierto y aparece desnudo en el centro del mundo, como el sol que él coloca en el centro de su sistema planetario. Y como todo nacimiento es doloroso, se buscó en el tiempo, se encontró en el universo griego, que los árabes acababan de traducir del lenguaje moderno.

El universo griego, por lo que respecta a las artes, no había desaparecido. Sólo que los ojos, aunque abiertos, sin los ojos del espíritu, no alcanzaban a ver. Conocemos semejantes períodos de enceguecimiento: hace apenas un siglo la palabra gótico indignaba; yo he visto emparedar una arcada de gran belleza abierta sobre el puerto de Génova.

Los ojos del Renacimiento desoxidaron a Apolo: la desnudez planteó inmediatamente el problema figurativo del sexo. Bocaccio, a quien la Iglesia no osó poner en el *Index*, sirve de referencia antigua y respetable: "La Naturaleza no ha creado nada sin fines precisos, nos ha dado estas partes nobles para que hagamos buen uso de ellas y no las descuidemos". Giulio Romano, alumno privilegiado de Rafael, extrajo las consecuencias más extremas y dibujó, con un sentido genial de la forma, dieciséis posiciones de acoplamiento que grabó Marcantonio Raimondi y que comentó el Aretino con su pluma cantante. En una carta a Battista Zatti, el Aretino tomó la delantera: "No hay que ocultar los órganos que han engendrado a tantas bellas criaturas, mujeres y niños, con un trozo de tela o de seda. Más bien tendríamos que ocultar nuestras manos que juegan con dinero, hacen falsos juramentos, prestan con intereses usurarios, torturan al asno, hieren y matan".

Tales argumentos no sirven en general, sino para irritar a la autoridad "responsable" que se siente de algún modo solidaria de las ignominias que el hombre comete bajo la cobertura de singulares bendiciones. Romano, Raimondi y el Aretino se vieron obligados a huir de los anatemas de Clemente VII, que ordenó la destrucción de su

obra; sólo Raimondi fue prendido y encarcelado. En su exilio en Venecia, el Aretino difunde los *Ragionamenti*. Fuera de la admiración que Pietro Aretino pueda inspirar, a causa de su carácter y de su talento desordenado, frecuentemente deslumbrante de hallazgos e intuiciones, encuentro que su obra "lujuriosa" (léase pornográfica) carece de interés. He aquí, precisamente, uno de esos casos típicos en que el erotismo huye. La vulgaridad de *Dubbi Amorosi*, por ejemplo, es tal, que se la puede dejar en cualquier mano: no hay ningún peligro. Sólo una depravación especial podría experimentar una excitación cualquiera, más cercana a la escatología que a la erotología. Las palabras obscenas se suceden con monotonía y debe lamentarse que la prodigiosa lengua toscana, de frescura proverbial, no haya favorecido al Aretino sino en cortos estallidos, como la de esa "gagliarda schiena"[19].

[19] El Aretino es célebre por esta lista de posturas pintorescas:

1.- Cargar el fardo.
2.- Montar el asno.
3.- Acariciar el gato.
4.-Poner la caja en el tonel.
5.- En galga.
6.- A la voltereta (apretar las espaldas).
7.- Mostrar el reloj del pastor.
8.- El juguete de las carmelitas.
9.- A la masónica.
10.- La verdadera lavativa de Barbarie.
11.- Contemplar las beatitudes.
12.- Hacer el pie de grulla.
13.- La confesión de los jesuitas.
14.- La presión posterior.
15.- El santo éxtasis.
16.- Alojar al huésped.
17.- La gaita sentada.
18.- La bolsa de Noel.
19.- El buen tapaculo.
20.- Tomar en idea.
21.-Hacer velas de cebo.
22.-Ayudar a la vejez.
23.- Dar vuelta sobre el eje.
24.- Tomar la carretilla.
25.- Agarrar a la alemana.
26.- El niño que duerme.

En compensación, la obra de Romano es muy bella y por eso muy noble: pero sus posturas son un caso límite. El arte del Renacimiento se aprovecha de la nueva visión del ser viviente para humanizarlo todo, para hacer fraternizar a San Juan Bautista con Dionisios (Leonardo da Vinci), para darle senos a la Virgen, pues hace falta que amamante al niño, para desarmar a fuerza de verdad, la trampa del pecado irremisible de la hipocresía. El desnudo triunfa con una estruendosa alegría de vivir y se detiene, de mala gana, en el límite del acto sexual que no se muestra sino por interpósita "persona", siendo esa "persona" la Serpiente, el Cisne, o el Toro de las mitologías.

La lógica de la nueva cultura debía necesariamente llegar a la representación real del hombre; se había rechazado la estupidez libresca de Plinio y tomado contacto con Aristóteles. La ciencia experimental recibía un impulso nuevo como en las edades de oro de la Gran Grecia, y la anatomía superando además la prohibición de la disección, escudriñaba ahora debajo de la piel. En Padua y en Pisa, André Vésale enseñaba en la Universidad dentro de la tradición de Guido Vigevano (1345) y de Magnus Hundt (1501); los cuadernos de anatomía de Leonardo da Vinci devolvieron a la estructura del cuerpo su profundidad y su razón. El conocimiento de la cirugía comparada, la evolución de la medicina y el principio bastante nuevo del derecho a la belleza provocan el nacimiento de la cirugía estética; Tagliacozzo publicó un tratado, descubriendo sorprendentes detalles sobre el injerto de la piel. Agnolo Firenzuola no se limitó a traducir *El asno de oro* de Apuleyo sino que escribió un verdadero ensayo sobre los cuidados de la belleza: *Della bellezza delle donne*. Los afeites corregían a la naturaleza; los

27.- Calzar el borceguí.
28.- Correr la sortija.
29.- A la ordinaria o en buen cristiano.
30.- La rana.
31.- Sexo al sesgo.
32.- Sexo atravesado.
33.- Nadar en el río.
34.- A la morisca.
35.- La buena lavativa.
36.- Picada de dos.

perfumes eran destilados para exaltarla con una inquietud netamente afrodisíaca, aprovechando a los animales, las plantas y los objetos.

La moda liberó a los senos, tan desnudos y tan maquillados como las mejillas. Europa entera conoció la célebre "expansión de los senos a la manera de Venecia".

Al paganismo de formas renovadas, del cual la mujer era la principal beneficiaria, se agregó una nueva mística que continuó el amor cortesano, relacionándose con un neoplatonismo (hecho femenino). El culto erótico de la Laura de Petrarca, de la Beatriz de Dante o de la Vittoria Colonna de Miguel Ángel, se transformó en el prototipo de una sensibilidad nueva. El culto de la Madona, desde que fue Nuestra Señora del Pensamiento de los Cataros, recordaba al culto de los gnósticos por la divina sabiduría, llamada *Sophia*.

Romeo y Julieta ilustran la tragedia del amor obstaculizado. El atractivo mito de Tristán reapareció y el "corpus"del *amor* adquirió gracia, desde la *Roman de la Rose* hasta la *Astrée*, ampliándose con *La princesa de Cléves*. El amor era un derecho natural, al punto de que los bastardos eran llamados "hijos del amor"; Leonardo da Vinci, Giorgione, el Aretino, los Borgia, eran tan hijos del amor como Bocaccio. Matriarcado disfrazado bajo la voluntad del padre, que legitima su descendencia según su gusto.

La ascensión de la mujer al estadio del derecho al amor y a la belleza, con esa liberalidad que sólo los griegos habían conocido y practicado dos mil años antes, hizo nacer a la *virago*- en la época: la mujer que equivale al hombre, de significación, por tanto, lisonjera-, y aumentó el prestigio de la cortesana.

El hombre del Renacimiento reconoció en la cortesana a su igual; libre de toda violencia, sutil, cultivada, a veces artista, siempre dueña de sí misma y de su destino, pero respetuosa de la fuerza y de la autoridad, se elevó a un rango social muy brillante. Es cierto que no todas alcanzaron el nivel de una Tullia de Aragona, que supo multiplicar sus encantos con un estudio *Dell' infinitá d'amore* a, o de una Verónica Franco, poetisa refinada, amiga del Tintoretto, de Enrique III, de Domenico Veniero. Pero las mujeres como Margherita Emiliani, Cornelia

Griffo y Bianca Saraton enriquecieron su tiempo y reflejaron a los hombres que las amaron.

El amor, ideal o carnal, se transformó en una *hazaña* del alma y del cuerpo. La pasión era una diadema. La potencia del macho y la tierna respuesta de la mujer eran respetadas. El amor-pasión a lo Tristán, el amor-hazaña del Renacimiento engendraron el anti-Tristán, es decir el Don Juan, carácter sobre el cual volveremos.

La libertad buscada por las artes (siendo la noción de belleza eminentemente desconcertante, las artes están siempre en las primeras filas de las revoluciones verdaderas), la libertad buscada por las ciencias (esto es ya más peligroso, tanto frente a los cuerpos establecidos como frente a las idolatrías del pasado), la libertad buscada por el lenguaje y por las costumbres formaban parte de un factor dinámico capital: el individualismo.

Por el individualismo, la libertad aspira al absoluto, lo que lo arrastra, más allá del bien y del mal, hasta una auténtica anarquía. El genio del Renacimiento se deslizaba frecuentemente hacia una anarquía profunda, funcional, no destructiva, porque el orgullo la dominaba y la mataba. Sólo el orgullo permitía a esa anarquía adornarse de lujo y encontrar en el arte su moral.

El hombre del Renacimiento por excelencia es el *condottiero*, hombre de armas o señor. Un Segismundo Malatesta es él solo el Renacimiento. Su individualismo se iguala al de Bartolomeo Colleoni o Galeazzo Maria Sforza. Su "anarquía" se formó por el rechazo de toda ley, divina o humana.

Otro *condottiero* célebre, Werner von Usslingen, llevaba grabado sobre su cota de malla: *Enemigo de Dios, de la Piedad y de la Misericordia*. Hombres de ese temple, capaces de un odio tan feroz, no podían dejar de signar al mundo naciente sobre las cenizas medievales.

La violencia de la Edad Media no se distinguía nunca de la obsesión y de la crueldad, y sobre todo de la necesidad de invocar altas razones para encontrar una justificación. La violencia del Renacimiento no buscaba un solo instante justificarse ni aun creía tener que hacerlo. El sentimiento de culpabilidad había desaparecido absorbido

por esa “voluntad de poderío” desesperada de la que se habló cuatro siglos más tarde.

No obstante, esos *condottiere* introdujeron en su mundo un elemento material exterior que asoló al continente: el soldado de fortuna- el reitre o *Landsknecht*- rey del pillaje y la violación. Su ejemplo, así como la impunidad de sus crímenes- la guerra ha sido siempre pretexto cómodo para desatar los instintos más infames encubiertos como “debilidades” naturales del héroe- no podía dejar de influir sobre sus contemporáneos. La anarquía dorada de la aristocracia de la espada, de la sangre o la lujuria se fundía en una decadencia al que el propio orgullo se sometía. *Onestá y terribilitá*- el sentido de clan ligado por la ley estricta del honor, y el gusto de la violencia sin piedad- no bastaban para salvar a ese mundo, voluptuoso en su menor expresión. Desde la corte romana hasta los castillos de los duques y los jefes, sobre el Tíber, el Arno o el Loira, el Renacimiento se pudría.

En una tragedia casi desconocida, *Das Liebes Koncil*, Oscar Panizza muestra a Dios, Jesús y María horrorizados por las indecencias italianas en general y por las de Alejandro VI Borgia en particular; Dios decide reunir un concilio que agrupa a la Trinidad, María y el Experto Mayor, es decir, el Diablo. Éste está encargado de inventar el peor de los castigos. Después de una profunda meditación, llamando a Salomé en su auxilio, el Diablo fabrica una mujer de una prodigiosa belleza. Por ella se abatirá sobre la tierra un flagelo de género nuevo: la sífilis. Y en primer lugar en Europa. Los soldados de fortuna la ayudarán a cuál más...

Desde el punto de vista histórico, la sífilis fue introducida en Portugal en 1494, por los marineros de Colón que regresaban de Haití. En 1495 tocó a Italia, después a Francia, Alemania, Suiza; en 1497 a Escocia y Hungría, y a Rusia en 1499, tras el pasaje de los ejércitos de Carlos VIII. Vasco da Gama la transportó a las Indias en 1498; China la recibe en 1505. En 1506 murió de esa enfermedad el arzobispo de Creta.

La importancia de la espiroqueta no debe ser despreciada. La satiriasis de Enrique VIII es la consecuencia más visible; ese monarca

apaciblemente casado durante veinticinco años, cambió súbitamente cinco veces de mujer en diez años, reservó una cámara de su palacio a las prostitutas del rey y cayó finalmente en una senilidad precoz, arrastrando a Inglaterra fuera de la comunidad católica.

La sífilis buscó sus títulos de nobleza filológicos. En 1530, Girolamo Fracastotro relacionó la denominación con un... molusco; el nombre vendría de los hijos de Niobe, el pastor Sipylus, escrito como Sifilus en una edición equivocada de Ovidio. Esto no nos llevó lejos. El "reparo" llegó en 1560, gracias a un tratamiento con mercurio y a una medida preventiva descripta en el tratado de Gabriel Fallope: *De morbo gallico*. Se trata de un manguito de tela colocado *in loco*, capote al que Madame de Sevigné le puso la etiqueta de "gasa contra la infección, coraza contra el amor".

El *morbus venereus*, tal como lo designa Jacques de Béthencourt, agregó al erotismo europeo el grano de locura que le faltaba. La amplitud de los escándalos y su resonancia no serían concebibles sin un terreno favorable a ese grano de locura.

La brutalidad de la rebelión que el Renacimiento encendió contra las reglas tradicionales no podía dejar de provocar una corriente contraria. Se llamó la Reforma. Pero si Alejandro VI soñaba con un papado hereditario, Lutero se casó con una ex monja y dio su acuerdo al matrimonio polígamo de Felipe de Hesse; Calvino, habiendo muerto su mujer prematuramente, cayó en el exceso contrario: celibato a cualquier precio. Y la Dieta de Francia legalizó la poligamia para remediar los estragos de la Guerra de los Treinta Años. Erasmo afirmó, resumiendo el acontecimiento, que "la Reforma es una segunda Guerra de Troya llevada a cabo por las mujeres". Y la Contrarreforma no pudo liberarse de las mismas obsesiones. La espiroqueta fue más eficaz: apoderándose de Enrique VIII, provocó la ruptura definitiva con Roma, dio origen a la Iglesia de Inglaterra y legitimó el divorcio que el apetito súbito del rey exigía.

Los mejores espíritus del Renacimiento, de la Reforma y de la Contrarreforma buscaron, a pesar de su barniz polémico, un equilibrio entre la inocencia prepuberal y la libertad absoluta de la conciencia.

Las artes se adornaron con coartadas estéticas o mitológicas, la moral con exigencias psíquicas, la religión con referencias litúrgicas. Pero las civilizaciones no son nunca de los "mejores espíritus", y ese período zozobró en el desorden más irracional.

La corrupción de Roma, excesiva hasta el punto de que se le daba frecuentemente un carácter legendario para hacerla aceptable, no era sino la cima de una escala de delirio sexual que comprendía la gama, conocida desde el *Deuteronomio*, que va de la homosexualidad a la bestialidad. La ausencia de toda regla hacía de esta última abominación "el nervio de la guerra" de los ejércitos en campaña. Guárdese bien este recuerdo, sin cubrirse la cara: los soldados italianos que sitiaron a Lyon en 1562, a las órdenes del duque de Nemours, llevaban delante de ellos una tropilla de cabras- ¡dos mil, según D'Artagnan!- "cubiertas de caparazones de terciopelo verde con gruesos galones de oro, que les servían de amantes". Estamos lejos de la mascota de los regimientos marroquíes.

El Concilio de Trento se esforzó por remontar la corriente; reafirmó que los lazos del matrimonio eran indisolubles, reforzó el carácter sacramental del matrimonio, le impuso una responsabilidad privada, por el consentimiento reclamado de los padres, y pública por la exigencia de pregones y testigos. El voto de castidad de los sacerdotes se adoptó definitivamente y, siendo el arte la bestia negra del poder, se prohibió el desnudo bajo cualquier forma que fuera. Persistía la vieja obsesión.

Miguel Ángel trabajó siete años en el juicio Final; su obra no pudo sustraerse a los nuevos rayos de la censura eclesiástica, pero Pablo III tomó su defensa. Su sucesor, en cambio, proyectó la destrucción de los frescos, pero no osó afrontar al artista más admirable que Italia haya conocido. No obstante, el "rumor" alcanzó a Miguel Ángel, quien respondió sutilmente que "el Papa no tiene más que cambiar el mundo; y él, en seguida, se pondrá a pintarlo".

Se llegó a un compromiso: tapar los cuerpos desnudos. Daniel de Volterre se encargó de hacerlo, ganándose de paso el sobrenombre de "Braghettone. El poder religioso salvó los frescos de Miguel Ángel,

pero el poder laico fue incapaz de hacerlo, según una regla establecida en lo sucesivo: *Leda y el cisne*, que el duque de Ferrare obsequió a Francisco I, fue primeramente sustraído a las miradas y más tarde quemado por un ministro fanático de Luis XIII.

Sin esperar la intervención del Papa- como pedía Miguel Ángel, tal vez sin ironía-, el mundo cambió por sí mismo y abordó otra etapa de su devenir. Nuevas clases, formadas al azar de la inteligencia, las armas y el dinero, golpearon a las puertas de la Historia.

VII. LA NUEVA ERA

Sería presuntuoso decidir si el acceso extendido a más clases a la práctica de la libertad- que se había reservado al nacimiento- se debió a una especie de democratización de los sentimientos y de los impulsos, o si esa democratización derivó de la difusión cada vez más vasta de los elementos estéticos y filosóficos de la vida. Las prensas inundaron el mundo de reproducciones y las imprentas multiplicaron los lectores, facilitando su cultura. Que el analfabetismo haya comenzado, según mi parecer, con Gutenberg, no es para ser discutido aquí.

El erotismo desencadenado en el Renacimiento, la Reforma y la Contrarreforma, tenía evidentemente sus ilustraciones y sus textos que complementaban los Penitenciales, los Manuales de Confesión y todos esos ensayos que, por la escritura, liberaban los apetitos sexuales inconscientemente ocultos ("reprimidos", dijo Freud cuatro siglos más tarde); sólo que del "ejemplar único" de antaño se tiraban diez mil, y las catorce copias en pergamino de Ovidio llegaron, en papel, a cien mil. El *Hermaphroditus*, de Antonio Beccadelli; *Voluptas*, de Lorenzo; *De laudibus sodomiae sen pederastiae*, de Della Casa (arzobispo y secretario de Estado de Pablo IV); *Tunning of Elynoux of Rummin*, la *Geneanthropeia*, de Sinibaldo, cubrieron las bibliotecas sin que se haya pensado todavía en los "Infiernos". *Geneanthropeia* es, sin duda, el primer ensayo que anuncia a la sexología, aunque contenga consejos poco científicos, por ejemplo: "Cómo reducir el miembro cuando es demasiado largo" o "Cómo desarrollar las partes". Sinibaldo habría debido reducirse a las observaciones fecundas de problemas tales como: "¿Cuáles son los síntomas fisonómicos de la concupiscencia?" Esos libros consiguieron escandalizar aun en su época y anunciaron una profusión de textos eróticos y paraeróticos que tuvieron sus clásicos, como *La vida de las mujeres galantes*, en el que Brantôme da, por fin, el primer lugar al objeto, la mujer, la que toma la iniciativa también en el dominio sexual, o prepararon el terreno a las obras del género de *Tis a Pity she's a whore* (*Lástima que sea puta*), de Ford, sin

olvidar toda una literatura de producción ordinaria, tales como *Quince alegrías del matrimonio* o *La escuela de las muchachas*, de Mililot (colgado después en efigie), o las obras monosexuales como *Sodom*, brillante libro de Rochester.

Es para nosotros una gran ventaja que los egipcios, los griegos y los romanos (Forbert *docet*) hayan pasado antes que esas prosas libertinas: estamos eximidos de citarlos, pues hasta Sade no hemos tenido nada para echar diente... si puede decirse. Pero hay todavía tal decencia en el estilo, tal inteligencia en la intriga, que ninguna de esas obras puede ser acusada de pornografía. Se diría que la época se esfuerza por aplicar *anti litteram* un axioma famoso: "No se trata de escapar al pecado, sino de integrar el erotismo a la vida sin que pierda la fuerza que le debía al pecado, de darle todo lo que, hasta aquí, le estaba dado al amor, de hacerlo un medio de nuestra propia revelación".

Por el momento, el erotismo se integra en la vida por la búsqueda de perversidades caracterizadas, de las que el incesto (los Cenci), la homosexualidad femenina (Catalina de Médicis), la homosexualidad masculina (Enrique III), el gusto un poco estrepitoso de la orgía, son las evasiones extremas de un mundo desesperado en busca de placeres que se alejan a medida que se avanza en el camino de lo imprevisto. Esos excesos son una especie de vacuna que hace normales, si no aceptables, las situaciones que se habrían juzgado imposibles un siglo antes del Renacimiento.

De todos los tabúes destruidos por ese desgaste que expande cada vez más lejos sus límites, el del amor legítimo es el más tocado. Es el momento en que se perfila un personaje nuevo, hijo de la libertad de los sexos y del amor-hazaña que se opone al amor-pasión encarnado por Tristán: es Don Juan.

¿Quién es Don Juan, fuera del personaje de Don Juan Tirso de Molina, el "burlador de Sevilla"? Podría ser Felipe III, padre de treinta y dos bastardos; o Don Carlos; pero Don Juan tiene ya una vida autónoma que se exime de usar máscaras históricas.

Algunos hombres- dice admirablemente Hesnard- no pueden ser duraderamente *l'homo unius mulieris*. Tienen la inquietud de la fija-

ción erótica, cada nueva mujer despierta una promesa de satisfacción más plena, promesa ilusoria muy frecuentemente, pues se trata de individuos incapaces, por razones interiores variables, de satisfacción completa. El donjuanismo es una forma refinada de esa ineptitud para la elección durable: revela una falta de virilidad por adhesión autoerótica a objetos infantiles.

La vida en pareja es la conducta inmediatamente superior al vagabundaje sexual, al erotismo sin verdadera efectividad, a la Venus *volgi-vaga*.

Don Juan es *otro* ser y un ser nuevo, rigurosamente libre, pero que renunció por esa libertad misma a la posibilidad de amar. Es el personaje que Sade define mejor que nadie: "Posó sobre mí la mirada fría del verdadero libertino"'. Ese libertino no puede reconocerse sino por oposición al amor de Tristán: su pasión es tan negativa como su vida.

La subjetividad de la observación de Montherland, a pesar de ser expresada con cierta misoginia, salta a los ojos: "Se dice que si Don Juan pasa de una a otra, es porque no ha recibido de ninguna lo que esperaba. Puede ser también porque ha recibido de cada una todo lo que esperaba". El orgullo y el *a priori* de eso "que esperaba" apartan a Don Juan del rango de los enamorados: sabiendo *qué espera*, y estando seguro de antemano, ese Don Juan renuncia al carácter fundamental del amor. La pasión amorosa se cambia en neurosis pasajera e intermitente, la neurosis clásica de su siglo. Si hacemos abstracción del arte que ha "tratado"a Don Juan, desde Molière a Mozart y Byron, Don Juan es el "donjuanismo" y, por ello, el hermano de Casanova. Ambos son seductores sin pasión, expertos en la técnica astuta, viviendo con el deseo de la mujer, no de *una* mujer. Cuando Felicien Marceau afirma que para Don Juan "el placer no es sino un medio de tocar el alma, de vencerla, de saquearla", en tanto que "Casanova se burla del alma", está en un estado de pura subjetividad, o bien atribuye a Don Juan los móviles y los pensamientos de los autores de Don Juan.

Ese "libertino" esboza el pasaje entre la anarquía del Renacimiento y el individualismo integral. La anarquía del Renacimiento

parece sostenida por una literatura y un arte por fin liberados, aunque aparentemente esté absorbida por la futilidad de las rondas galantes, de la poesía priápica, del virtuosismo del amor ostentado por todas partes. El individualismo integral llegó con Sade al regicidio. Con razón dice Bataille que "la libertad soberana, absoluta, fue encarada- *en la literatura*- tras la negación revolucionaria del principio de realeza". El lazo psicológico es bastante evidente, pero puede ser fácilmente comprobado: es propio del donjuanismo ser todo, menos discreto.

La diferencia fundamental entre Don Juan y Casanova viene de la sangre: el español conservó en toda su marcha el gusto de lo absoluto, casi consciente por adivinación de las similitudes que se establecen entre el éxtasis y la muerte; el italiano, igualmente apasionado, no pudo librarse de un escepticismo ligado sin duda a la realidad de una historia erizada de césares y de papas, y no abandonó el brío de la comedia, con su necesaria inteligencia, pero también con sus límites.

Neurosis galante e histeria erótica no son sino calificaciones retrasadas y, sobre todo, no dan ninguna idea de esa inmensa "erotización" de la vida, durante los dos siglos que precedieron a la Revolución Francesa, o mejor, a partir precisamente de la Guerra de los Treinta años. Una filosofía de la voluptuosidad implica en primer lugar la existencia de la voluptuosidad. No tiene nada de rococó ni de barroco esa voluptuosidad, un poco acrobática y sin tiempos muertos, pero forma a los seres y los prepara- sin saberlo- a una comprensión consciente por la cual algún día renunciaremos "a la exuberancia del erotismo en favor de la razón".

Lo que el *condottiero* aportó al espíritu del Renacimiento, Sade lo aportó a la era moderna. Su desafío permanecerá insostenible hasta el fin de la humanidad. Extiende más allá de la imaginación normal, los límites acordados ampliamente a los personajes de la voluptuosidad. Franquea el espejo de la verdad y nos da una verdad trastornada y, por ello, espantosa. No solamente Sade toma por axioma que la vida es la búsqueda de placeres, y aun del placer, sino que introduce el principio de que el placer está ligado al sufrimiento, es decir, al ensayo de destruir la vida:

"... El cuerpo (...) no es sino el instrumento que sirve para dar dolor".

Por primera vez desde la fascinación de los sacrificios religiosos, atroces o sangrientos, según las exigencias de los pueblos que los inspiraron o los desearon, un hombre, desde lo alto de su soledad, impone la fascinación de sacrificios en estado puro, eróticos por definición, misas negras de una religión sin fe, que se desarrolla en un estadio que ya no está en contacto con la conciencia racional, que ni siquiera la toca. Eso pasa en otra parte. Sade reveló al hombre impulsos sexuales que tomaron con justo título el epíteto de sádicos; tal vez inconscientemente Sade completó nuestro conocimiento del hombre antes que las intuiciones de Freud y de Jung.

Ciertamente, a lo largo de la historia, algunas observaciones se deslizaron por entre las tinieblas del alma, pero no superaron las tímidas alusiones (tímidas con relación al "corpus" de Sade) de las que Alain nos da un ejemplo, encontrado en Platón: "Un hombre sintió impulsos de ver cuerpos de torturados que estaban expuestos sobre las murallas y no pudiendo vencerse, etc..." (*La República*). No superaron tampoco el gusto permanente de las multitudes por los espectáculos de muerte: Crucifixión, Place de Gréve o Nuremberg. Pero los asistentes no son sino aficionados sin envergadura. Es precisamente Sade el hombre del sadismo, del sadismo total, sin debilidades, inhumano también, pero en el sentido verdadero, pues es un humano que lo ha revelado.

Georges Bataille escribió sobre Sade páginas de gran sagacidad y que estimo exhaustivas en cuanto a su pensamiento. Nadie ha sabido como él percibir la alucinante visión del mundo sadiano. Un pasaje de su análisis impresiona al lector por sus consecuencias ideales: "... La historia de las religiones condujo (...) sólo débilmente a la conciencia a reconsiderar el sadismo. La definición de sadismo, por el contrario, ha permitido considerar en los hechos religiosos algo más que una inexplicable extravagancia; son los instintos sexuales (...) los que finalmente explican los horrores artificiales".

("... Esos ritos fueron de una crueldad excesiva: se ofrecían niños a monstruos de metal al rojo, se prendía fuego a colosos de mimbre abarrotados de víctimas humanas, los sacerdotes desollaban mujeres vivas y se vestían con sus despojos sangrientos.")

Más adelante Bataille agrega: "El mérito esencial de la obra de Sade es haber descubierto y mostrado, en el desvío voluptuoso, una función de *irregularidad* moral". Bataille nos da la clave inmediata, la posibilidad de captar, por ella, la intuición de Sade, pues lo contrario de la regla "da tanto la angustia, como la sensación de goce, de pasión trastornada, mitigada de angustia, que es lo propio de la actividad sexual. Sin una conciencia de *trastorno* angustioso, el placer erótico- se entiende el inmenso placer- es imperfecto: pero si anuncia un trastorno, aunque sólo fuera entrevisto, la desnudez aprieta la garganta".

Sade cumplió su promesa: "... Se imaginaron que hacían algo maravilloso al reducirme a una abstinencia atroz del pecado de la carne. Y bien, se han engañado, me han hecho formar fantasmas que tendré que realizar".

"Tenemos (...) en este mundo relativo de la literatura un verdadero absoluto", pudo concluir Maurice Blanchot, en quien reconocemos el autor del primer estudio serio del sortilegio de Sade. Pero hay que volver a Bataille para encontrar la arquitectura interior de la soledad del Marqués, la coherencia de su blasfemia y la mensurabilidad intuitiva de sus abismos.

"El sistema del marqués de Sade- dice Bataille- no es menos la realización que la crítica de un método que lleva al estallido del individuo integral, por encima de una multitud fascinada".

En la crítica comparada de Sade y del sadismo, lamentamos no poder citar todo lo que escribió Sartre, pero su lenguaje no es adecuado para el lector no iniciado en la complejidad de las palabras necesarias para la expresión de un pensamiento nuevo en sus matices tan inéditas como imperiosas. Nos arriesgaríamos, ya sea simplificándolo, a traicionarlo o, resumiéndolo, a apartarlo de su verdadera fuente.

Dice Sartre: "...Con mi turbación, la comprensión misma de mi deseo se me escapa; soy como el durmiente que al despertar se encon-

trase crispando las manos sobre el borde del lecho, sin poder recordar la pesadilla que provocó su actitud. Esta situación es la que originó el sadismo".

"El sadismo es pasión, sequedad y encarnizamiento (...). Es sequedad porque surge cuando el deseo se ha vaciado de su turbación (...). En la medida en que se encarniza en frío, en que es a la vez encarnizamiento y sequedad, el sádico es apasionado. Su objeto es, como el del deseo, percibir y dominar al Otro, no solamente como Otro-objeto, sino como pura trascendencia encarnada."

"...No tiene otro recurso que tratar al Otro como un objeto-utensilio, trata de utilizar el cuerpo del Otro como una herramienta para hacer que el Otro realice la existencia encarnada."

"Trata de descubrir la carne en la acción."

"Quiere la no reciprocidad de las relaciones sexuales, goza en ser la potencia apropiadora y libre frente a una libertad cautivada por la carne. Por eso quiere el sadismo hacer presente la carne, en forma distinta, a la conciencia de Otro, quiere hacerla presente tratando al Otro como instrumento; la hace presente por el dolor."

"Sin embargo el sadismo, como la indiferencia ciega y el deseo, encierra el principio de su fracaso. El sadismo es el fracaso del deseo y el deseo el fracaso del sadismo."

Otro fracaso: "Intenta apropiarse de la libertad trascendente de la víctima. Pero, precisamente, esa libertad continúa, en principio, fuera de alcance".

Por Bataille, Sartre y Blanchot percibimos el fondo de la inteligibilidad sadiana, desencadenado del calabozo en donde se ha enterrado al "hombre de la lucidez". La figura clásica de Satán toma frente a Sade el aspecto de una imagen piadosa. En suma, Satán no es sino un ángel caído, su negativo. Sade es solamente Sade.

Más adelante encontramos la bestia negra de Freud, en la existencia de una especie del hijo del alma de Sade, Sacher Masoch, que agrega una pequeña variante al sadismo: lo vuelve contra sí. Por su aparente contrario, comprobamos que la tendencia primaria- metafísica aparte- que se expresa en la violencia sobre los Otros o sobre Sí, en el

origen se confunde con la actividad vital misma. No llamaremos a la ley llamada de la "coexcitación libidinosa" (en virtud de la cual no pasa nada importante en el organismo, emoción, placer o dolor, que no proporcione su componente a la excitación de la función sexual); esa propensión destructiva, "útil" a la excitación erótica, explica científicamente el sadismo y el masoquismo.

La sexología llegó un siglo después a clasificar y organizar del mejor modo posible los infiernos secretos de los instintos humanos. Pero Sade sigue siendo lo absoluto de esa comprensión que él experimentó, más o menos, *in corpore vili*. Frente a la amplitud de su papel, sería demasiado pueril describir la maquinaria simplista de los Parques de Ciervos, de las oficinas con gabinetes especiales para *voyeurs*, del epicureismo rebajado, y aun el discreteo de una época que, como Chamfort, no veía en el amor sino el contacto de dos epidermis. ¿Cómo perder tiempo con todo ese menú libertino más o menos chillón que se aprovechaba de la libertad recuperada por los grandes espíritus para ofrecer escaramuzas de alcoba? El único fenómeno que presenta algún interés para nuestra tesis es el culto extravagante que los casanovas consagraron al placer, totalmente teórico, de la desfloración, culto tímidamente presadiano que, insensiblemente, hizo de la virginidad una base moral de la burguesía y, de algún modo, el caballo de batalla de la ética familiar del siglo XIX.

La liberación de las amantes reales- la palabra "amante" adquiere un sentido bastante pesado- fue simultánea con el sacudimiento del mundo que aspiraba a la revolución. La amante de Pedro I, zar de todas las Rusias, fue luego Catalina II, quien no renunció por tan poco a ser la célebre "acuéstate" de su juventud. Bajo latitudes menos extremas, el poder monárquico es más sólido y nadie puede manchar su estructura jurídica y religiosa: las amantes de los reyes se contentaron con formar una Nobleza del Lecho, tan exigente y quisquillosa como la vieja nobleza de la espada; fueron la La Valiere, la Montespan, la Maintenon, la Pompadour, la Du Barry. El ejemplo viene de lo alto. A los cortesanos les bastó una nobleza teatral formada por comediantes, bailarines, cantantes y castrados, y otras variedades de disfrazados. En

un momento dado la nobleza del lecho y la nobleza de la escena se confundieron y la una sirvió de trampolín a la otra. La Revolución, que se encargó de aniquilar los abusos de los tiranos que acababa de abatir (sic), atacó igualmente esos aspectos del "antiguo régimen"; patriotismo quiere decir virtud, con el golpe de gracia de la guillotina si es necesario. Esos proyectos conmovedores se interrumpieron bruscamente, pues no puede haber dos libertades; y la virtud de la Revolución recordaba la "felicidad natural" y el hombre "naturalmente bueno" de Jean Jacques Rousseau, fundador del masoquismo elemental y de la educación espontánea, cuya esclarecida doctrina le recomendó abandonar a sus cinco hijos (y no volverlos a ver jamás).

A la Pompadour le sucedió Nuestra Señora de Thermidor- Theresia Cabarrus, secularmente-, que no fue extraña al estilo Directorio y al "achicamiento"de Robespierre. Nuestra Señora de Thermidor, transformada en Madame Tallien y amante de Barras, fue con Barras testigo del matrimonio del general Bonaparte y, *dulcis in fundo*, la clave de la *Zoloé* atribuida a Sade.

Estas páginas no están destinadas a una crónica de la erotología sino a una historia del erotismo. La literatura nos interesa cuando transporta el documento susceptible de aclarar una época; de ese modo, los escritores antiguos- únicos testigos irrecusables- han tenido ese honor. Más cerca de nosotros, aunque abunden los Cleland y los Restif de la Bretonne (y abundan), las composiciones literarias y las artes de diversión no nos proporcionan sino elementos de control y de ambientación. La biblioteca de la galantería es, a su manera, una biblioteca rosa, es decir, fruto de literatura del sexo en lugar de literatura del corazón (luego ambos se fundieron en un tono "emocionante"). Cuando esa literatura penetra en el dominio del arte o del pensamiento, como ocurrió con Sade, la etiqueta de erótica cae: sus obras se integran en nuestra cultura.

En tanto que la biblioteca galante justifica la ligereza tradicional con que generalmente se aborda el sexo, la producción de Sade da una impresión aguda, profunda y penosa. La primera puede alcanzar el delirio o el soñar despierto; la segunda alcanza el dolor. Es entonces

que pesan súbitamente la prohibición contra el extremo placer (el éxtasis erótico) y el extremo dolor (en el límite de la muerte). Cuanto más virulenta es la prohibición, tanto más ennoblecidas salen ambas corrientes, con esa nobleza que sólo el esfuerzo y la lucidez saben provocar.

En rigor se respeta la muerte, aunque sea el fruto del crimen, pero se ridiculiza el placer, tal vez por secreta defensa, tal vez también por un vértigo súbito e incontrolable. Si la muerte anula la conciencia, no está probado que la conciencia se esfume con el placer. El "respeto de la muerte" y la "risa" en estas acepciones, desencadenan, de todos modos, el mecanismo social de la hipocresía. Pero no se dice jamás que del mismo modo que se puede desear la muerte a cualquier precio, se puede exigir el éxtasis. Para el común de los mortales esto es propiamente intolerable, insensato. Pero desde 1812 se comenzó a saber adónde lo "tolerable", lo "sensato", llevan a las sociedades; entre los riesgos que hacen correr a la humanidad las ideas individuales, fruto de un desafío individual, y los resultados obtenidos por las ideas sostenidas- en la oportunidad a la fuerza- por esas mismas sociedades, el balance es bien claro. Y no sumamos todavía las hecatombes de 1914-1918 y de 1938-1945. No llegamos sino a la Revolución con botas, a Napoleón.

La atención prolongada que prestamos a Sade, encontrará su justificación. Sade el maldito fue vulgarizado; del dolor físico no se retuvo más que el dolor psíquico- es más cómodo- y de la sexolatría de Sade se pasó directamente al romanticismo de Chateaubriand, Byron, Goethe, Musset, para terminar en el sadismo "vuelto" hacia el interior, es decir el masoquismo, la otra cara de Sade, o Sade visto de espaldas.

Poco importa si el romanticismo pasa a través de los excesos del libertinaje más sórdido o la reacción de la reina Victoria, que se limita, por otra parte, a cambiar la jerarquía de los tabúes y a afearlos. Sabemos bien que Londres hacia la mitad del siglo XIX, tenía novecientos treinta y tres burdeles, ochocientos cuarenta y ocho casas ambiguas, sin contar los establecimientos especializados en la flagelación y las ninfitas, y los clubes sodomitas. Poco importa si Viena, en 1811, contaba

con un bastardo por cada cuatro niños, y en 1847 uno por cada dos, totalizando más de un millón los niños abandonados. La época era, con toda razón, romántica y el dolor gozaba de una maravillosa atracción, ya fuera dado o sufrido, ya fuera presentado bajo el artificio de las Bellas Letras o la prudencia de los vivientes.

No nos dejemos engañar por la palabra "romanticismo". Tomó, en el mecanismo de la historia, una significación que se relaciona más con las lágrimas de las prostitutas que con los temas caros a la escuela romántica. El amor pasión de Stendhal, llama que hicieron incandescente Julien Sorel, Madame de Renal o Matilde de la Mole, es más alta y más viva. No tiene ninguna relación con lo "irreal" del mundo literario, donde el amor se vuelve clave falsa. Las "mujeres fuertes" de ese mundo- observemos de paso que la "mujer débil" se ha virilizado- cambia de pareja con un brío y una violencia que el donjuanismo creía le estaba reservado. Carolina Michaelis sale de los brazos de un jacobino para arrojarse en los de August Schlegel, después en los de Schelling. La hija de Mendelson, Dorotea Veit, burguesamente casada con un banquero, prefirió súbitamente a Schlegel. Madame de Stael cantó a la Alemania de sus sueños que Augusto Schlegel encarnaba para ella, por todos los caminos de Europa. George Sand la acumuló con aspereza los papeles de la mujer viril y de la amante en nombre de la "poesía" y de la "música". Baudelaire no se dejó engañar; en términos menos líricos la llamó "la puta", "esa letrina". Sand es el prototipo del escritor romántico, tal como la crítica puede verlo por poco que consiga despabilarse. Para el público, su obra segrega lágrimas dulces para repartir; para los iniciados, por el contrario, su ego se revela en una pequeña novela, traducida a todas las lenguas, que ella realizó "bajo la sábana" con Alfred de Musset: *Gamiani*, una versión de *Fantasio* mucho más espontánea. Los dos grandes románticos se muestran en ella sin el aparato erótico caro a sus lectores fervientes, es decir sin velos ni puntillas adustas velando las carnes, apasionados y sensuales, con una chispa de imaginación que no se rehusa a la orgía ni a la muerte. No es un caso aislado. Todo bibliófilo avisado puede colocar al lado de la *opera omnia* de numerosos escritores, su infierno clandestino, exutorio

necesario tal vez. No se osa aún ostentar, so color de la literatura, esas tendencias hacia la novela escatológica, o de posiciones o mixta, que hicieron maravillas cien años más tarde. Los más audaces usaron la palabra "educación" (sobreentendida: amorosa) para lanzar sus obras cuyo pretexto cultural se definía mal: *La condesa Marga*, relatos de la sociedad vienesa; *La hora de Emma Unterwieser*, de Halwis; *Josefina Mutzenbacher*, novela de una prostituta austríaca; *La ronda*, de Arturo Schnitzler; *Memorien einer Sängerin* (1862-1870), memorias de la cantante Wilhelmine Schröder-Devrient; *La Venus de las pieles*, de Sacher Masoch, tuvieron su hora de celebridad, su éxito de escándalo y... su proceso. Pero la noción de "proceso" no es ningún criterio de valor, erótico o no, puesto que los procesos no evitan obras científicas como las de Havelock Ellis (*Psicología del sexo, El simbolismo erótico, El pudor*); de Albert Moll (*Las perversiones del instinto genital*), ni de obras de buena voluntad como *La tierra*, o *Germinal*, de Zola, ni de obras maestras como *Madame Bovary*, de Flaubert; *Las flores del mal*, de Baudelaire; *El amante* de Lady Chatterley, de Lawrence; *Ulises*, de James Joyce, y *Corydon*, de Andre Gide, sin decir nada de la actualidad. ¿Quién, en el arte o en la ciencia, abrió el camino de la verdad? Sin duda Sade antes que Freud; pero el arte es fuertemente sospechoso de subjetividad, en tanto que la ciencia es considerada objetiva por su esencia misma. Innegablemente, la ciencia aporta los materiales fundamentales para la interpretación del hombre. Desde el descubrimiento del espermatozoide en 1677, por Han y Leeuwenhoek, hasta el de las "sensaciones y sentimientos sexuales" de Freud, un nuevo universo se ofrece a las extrapolaciones del espíritu.

La obra de Richard von Krafft-Ebing *Psychopatia Sexualis*, a pesar de su edad venerable, sigue siendo un respaldo capital para la comprensión de la vida sexual del hombre, observada precisamente con la exageración y la deformación de la patología. En este espíritu, Cesare Lombroso, Havelock Ellis, Gregorio Marañón, Stekel, Hesnard, Binswanger, Boss, Von Gebsattel han aportado cada uno el fruto de sus investigaciones y de sus síntesis. Después de Sade, para completar sus archivos, esos sabios han debido analizar las hazañas de un personaje

esencial para la clara comprensión del comportamiento sexual del hombre en sus cercenamientos psíquicos: Leopoldo von Sacher Masoch, escritor bastante mediocre pero tocado por una anomalía tan definida que lleva su nombre en exergo: "masoquismo". *La Venus de las pieles*, novela pasada de moda, es un cuadro clínico del hombre que encuentra placer en ser dominado en todos los planos, espiritual y carnal, condenado a no gozar sino con el sufrimiento físico, pedido y recibido, implorado e infligido, con violencia, si es posible. El nuevo aporte de Sacher Masoch no reside tanto en el deleite de ser "castigado" sino en la conciencia muy lúcida de ese deleite y de su origen. Sacher Masoch se transformó en el modelo de una perversidad muy difundida y de la que sólo hacía falta la etiqueta para elevarla a la dignidad de gran enfermedad psíquica. Si se despoja al masoquismo de sus incrustaciones literarias o seudofilosóficas, se advierte rápidamente que es la segunda cara de Janus-Sade. "Hay aparentemente en la degradación, una certidumbre, una seguridad final", escribe T. E. Lawrence (*Los siete pilares de la sabiduría*).

La confusión entre víctima y verdugo, por un fenómeno que pertenece a la simbiosis y a la hipnosis, no es nada rara; Sacher Masoch tuvo el privilegio de encarnar el caso. Ese inesperado y tardío epígono de Sade contrarrestó las mejores posiciones de Freud; la búsqueda del placer, según Freud, sólo condice con el masoquismo por una pirueta dialéctica. Pero Freud no estaba cerca de la pirueta.

Sigmund Freud "dejó sus huellas en nuestro siglo. En breve sus obras serán ilegibles, a menos que sus discípulos nos las impongan como textos sagrados para ser leídos con el Antiguo Testamento, los Evangelios y el Corán. Pero la intuición científica del sabio vienés, así como una gran parte de sus investigaciones experimentales, permanecerán actuales y condicionarán de todos modos, la orientación de la sexología.

Dicho esto, no podemos negar que las faltas de Freud sean múltiples, y el empecinamiento con que se las quiere cambiar en milagros del séptimo día, merece toda nuestra severidad. Por ejemplo, Freud ha descuidado el porvenir de la endocrinología. Sabemos hoy que el fa-

moso *instinto sexual* de Freud "puede ser suprimido por la ablación de la glándula tiroides". Freud juraba que "cuando el niño mama, es impulsado por el instinto sexual". Ahora bien, se ha observado que un niño nacido sin tiroides no puede mamar y debe ser alimentado con cuchara. Ciertamente el lenguaje seudocientífico centrado sobre el sexo es para los puritanos y los mojigatos un exutorio soñado; de ahí la amplitud del equívoco. Agreguemos que el vocabulario sexual, eminentemente torpe, empleado por el psicoanálisis, tiene todo el aire de haber sido concebido por un espíritu enfermo. Esto no es extraño al desconocimiento de los descubrimientos psicoanalíticos que provocaron siempre, aun en el mundo médico, un escepticismo manifiesto. Es demasiado fácil acusar a las burlas, como lo ha hecho Freud, de la represión sexual colectiva. Tal vez sería más claro admitir de una vez por todas, el carácter anticientífico de los textos de Freud, las faltas de su lógica, el *a priori* indefendible de sus teorías; haría falta, sobre todo, reconocer que confundió sus hipótesis científicas con una metafísica muy subjetiva que se inclinaba repetidas veces hacia el ocultismo. De ese modo se podrían extraer los descubrimientos clínicos de Freud del fárrago literario y filosófico en que están pegados, con el aplauso de los pedantes. La mediocridad y la extravagancia de esos textos no debe, no obstante, comprometer a algunas grandes verdades que surgen de las ideas freudianas. Blondel tuvo razón al decir: "...La objetividad absoluta es la virtud esencial del observador. No se acostumbra en los laboratorios mezclar a los líquidos fisiológicos que se reciben para analizar, las sustancias cuya presencia o ausencia debe comprobarse. En el dominio psicológico, después de todas las direcciones, orientaciones, interpretaciones, sugestiones y explicaciones que multiplica el psicoanálisis, ¿qué puede asombrar si el enfermo o el sujeto encuentra en su conciencia lo que precisamente el psicoanalista le ha introducido?" Declaración que se suma a la de Alain cuando observa que "es demasiado fácil hacer creer todo lo que se quiere a un espíritu que, como dijo Stendhal, tiene a su imaginación por enemiga. Las cosas del sexo cuentan por la importancia que se les da por una especie de sal-

vaje poesía, como cada uno lo sabe demasiado. Y los pensamientos del médico no son jamás buenos para el enfermo, todo el mundo lo sabe...

Si Freud se hubiera contentado con escribir sus libros, la historia no le daría más lugar que a Sacher Masoch, y la *libido* desaparecería tan rápidamente como la *Sexual Zwischenstufen*, o grado intermedio de la sexualidad, que el "doktor" Hirschelfd vulgarizó.

La necesidad de psicoanalizar a los psicoanalistas se impone desde que tratan de imponer los peores razonamientos de Freud como verdades reveladas; recalcamos que la Iglesia, que no tiene que rendir cuentas al racionalismo de los orígenes de su fe, no sostiene el *texto* de los siete días del Génesis.

¿Cómo un sabio puede admitir que un libro "consagrado a la investigación de los mecanismos formadores de neurosis gracias a la observación de los enfermos por una técnica especial" pueda contener las hipótesis sobre la angustia en el vientre materno?

Tan injustificada, tan inverificable, tan absurda, científicamente hablando, es la demasiado célebre teoría de la *libido* que descansa enteramente sobre la hipótesis de que el niño experimenta sensaciones y sentimientos sexuales cuya represión ayuda al estallido de una neurosis futura... Extrapolación anticientífica por excelencia, pues ningún análisis de neurosis podrá jamás probarla. Edificar teorías sobre un pasado demasiado remoto para ser evocado y juzgado por el adulto predispone al más puro charlatanismo.

¿Cómo puede un sabio aceptar llamar sexuales a sensaciones que no son sino orgánicas o sensuales? No obstante, gracias a esa confusión filológica, el instinto sexual normal se transforma en "proceso incoherente, dirigido desde su nacimiento hacia fines aberrantes (la boca o el ano)". La excepción monstruosa se transforma, de ese modo, en el instinto..., según Freud, instinto caracterizado por el hecho de que es contrario a todos los instintos, contrario al conjunto maravillosamente compuesto de todo proceso fisiológico. Con la edad, con una reglamentación profesional de los honorarios (cuya astucia recuerda a las llamas del infierno que los confesores de otros tiempos agitaban sobre sus fieles, con la fe generosa pero la bolsa estrecha), con la lectu-

ra indigesta de Schopenhauer (que suscita en él el instinto de la muerte), Freud ve palidecer aun su reputación de sabio. No podemos reprocharle que le hayan faltado los instrumentos necesarios para explorar las leyes que reglamentan las funciones del cerebro instintivo, los mecanismos de las relaciones entre las diástasis sexuales y los más poderosos dinamismos biológicos. Ante el misterio bioquímico de la virilización femenina, con sus matices y sus enigmas que complican la vida familiar o social, Freud no ha sabido responder. La solución no ha venido sino mucho tiempo después.

De Freud quedan las nociones nuevas sobre la primera infancia, sobre las manifestaciones sexuales precoces, sobre el conflicto psíquico y la represión hacia el inconsciente, que saben rodear a la enfermedad y dominarla.

No es por gusto de la paradoja que nos hemos propuesto definir el conjunto de manías parasexuales del mundo moderno, las obsesiones de origen sexual de toda conducta humana, consciente o inconsciente, en suma, el conjunto de estragos psíquicos y de neurosis colectivas nacidas de las doctrinas de Freud, por la palabra "Sigmund-komplex" (El complejo de Sigmund).

"Ha querido reducir todo a un solo denominador", ha dicho de él su casi *alter ego*, Gustav Jung (a quien se debe la expresión: complejo de inferioridad); pero ha agregado: "...como un marxista", lo que prueba que Jung estaba amasado con otra harina que Freud.

En tanto que Krafft-Ebing y Lombroso codificaban las aberraciones, Freud, o Jung, o Adler, exploraban *psyché* y *soma*, los legisladores se ocupaban del tercer sexo, y dieron a los pueblos una moral, con la ayuda de reglamentos de policía, de consignas a la prensa, de restricciones de lenguaje.

La "moral"que se oficializó sin la menor convicción- los escándalos públicos lo prueban- y el contento "social" de la vida de ese siglo de transición entre la utilización sórdida de la máquina y el acontecimiento de la automatización, se acomodan a las más innobles hipocresías sexuales. Se finge colocar a la mujer sobre un pedestal al abrigo de la tempestad de los sentidos y, al mismo tiempo, generaciones enteras

son iniciadas en el amor por prostitutas. Los ejércitos se envanecen de ser viveros de héroes, pero organizan- sin jactarse demasiado- los B. M. C. (*Boxons Mobiles de Campagne*), prostíbulos móviles de campaña, con la misma preocupación de eficacia que les permite proporcionar a sus hombres los capellanes de la cruz o de la estrella de David. En ciertos países, por el mecanismo de las confiscaciones, de las multas, de las herencias, el Estado ha llegado a regentear los burdeles, recordando tal vez el precedente de las "casas" que poseían los eclesiásticos. En vano *La dama de las camelias* (o *La Traviata*), *Espectros*, de Ibsen, se esforzaron por lavar con algunas lágrimas artificiales esa mancha de una sociedad que no puede sino ignorar el amor tanto como el erotismo. En vano la poesía de los recuerdos hará encontrarse en las mismas banquetas de felpa a Stendhal, Flaubert y... Celine, que celebran en *Henri Brulard*, *La educación sentimental* y *Muerte a crédito*, la libertad de un mundo perdido. Esos escritores olvidan que ellos han aportado a esas casas- como en un albergue español- su corazón y su gusto. Esos desafíos no son, a veces, sino coqueterías de artista, del mismo género que las de Swinburne y Tennyson, que ostentaban su admiración por Sade.

Y ese mundo, educado sexualmente por las prostitutas, no tolera *El baño turco*, de Ingres; *Las amigas*, de Courbet; *La danza*, de Carpeaux; *El almuerzo sobre la hierba*, de Manet. *La Olimpia* es atacada de soslayo, por una vértebra más o menos. La fotografía, desde 1850, ha comenzado su inflación, pero está aún contenida por convenciones tan arbitrarias como insuficientes.

Con el nacimiento de la fotografía- no del daguerrotipo, que era ejemplar único- la influencia del erotismo se afirmó. Donde teníamos el original del dibujo, de la miniatura, de la pintura, o el tiraje restringido del grabado, encontramos la difusión prácticamente ilimitada de los procedimientos fotográficos. Esa difusión contenía su propio antídoto, pues la abundancia de imágenes provocó la saturación y sirvió evidentemente de vacuna. Pero en lugar de mirar el problema de frente, la sociedad abordó la difusión de los sostenes del erotismo gráfico con

su hipocresía habitual: se esforzó por conciliar el comercio y la moral, la obsesión larvada y la política, la insatisfacción y la demagogia.

Después esa ciudadela de pudibundez se derrumbó por su estupidez y sus crímenes. El conflicto 1914-1918 la borró. Después de 1918 el desnudo adquirió derecho de ciudadanía, bajo pretextos artísticos que iban desde el gesto lento y gracioso impuesto a las *girls* sobre los tablados parisienses a la inmovilidad de rigor sobre los tablados londinenses. El erotismo, por el desnudo trivial, brutal, se volvió elemental, se democratizó; es una rama de gran rendimiento del bazar moderno, bajo etiquetas diversas, donde se reconoce al cine, a la novela, al *strip-tease*, a la moda. La carencia de arte auténtico es bastante evidente, frente a la ciencia que avanza a pesar de los errores de Freud y de la buena fe de Kinsey. Basta cotejar las obras. Ciertamente, en 1913 tenemos el *Manifiesto Futurista de la Lujuria* (sic) de Valentina de Saint Point, que afirma: "La lujuria es la búsqueda carnal de lo Desconocido, como la Cerebralidad es la búsqueda espiritual".

"El Arte y la Guerra son las grandes manifestaciones de la sexualidad; la lujuria es su flor."

Basta poner ese "manifiesto" al lado de *El Pudor*, de Havelock Ellis, para que pierda toda resonancia y huela a "literatura" a tres leguas. Del mismo modo- ya más cerca de nosotros- trátase de acercar las veleidades surrealistas de *Encuesta sobre el amor* (1929), y hasta *El amor loco*, de Brenton, a los trabajos de Marañón o a las tesis de René Guyón; nos veremos reducidos a rechazar las intuiciones poéticas de algunos limbos eternos. Sería como dar importancia al brillante canular de Isou, la "erotología matemática e infinitesimal" contrabalanceándolo a la extraordinaria suma estadística puesta a nuestra disposición por Kinsey.

Se sabe que la obra de Kinsey, Pomeroy y Martin, *El comportamiento sexual del hombre*, está basada sobre el testimonio de 12.000 adultos; se sabe también a qué perfección pueden llegar las estadísticas si son manejadas con prudencia, ciencia y cálculo ajustado de imponderables, tal como ocurre aquí. La revelación fundamental de Kinsey es que el 86 % de los adultos vive en ruptura permanente con el código

moral que fingen aceptar y que, a veces, aun imponen. Es necesario que haya un sentido debajo de eso, a menos de querer embalsamar la vida del hombre bajo cintillas de ilusión tan absurdas como fantasmagóricas. La noción misma de pecado merece una revisión más profunda que la que los "responsables" osan realizar actualmente. Hace tres siglos apenas, un papa que hubiera osado recomendar (no exageramos: que hubiera osado "no condenar") el método de Ogino y Knaus, que permite al amor ser erotismo, habría sido propiamente quemado.

Esas variaciones no tienen incidencia notable sobre el comportamiento sensual del hombre. Las tenemos en cuenta, del mismo modo que lo hemos hecho con la necrofilia de los egipcios sin por ello quitar la inmutable belleza del erotismo, de su gusto por el amor.

El erotismo de hoy no está amenazado sino por su inflación paraerótica. Por el cine, la prensa y la publicidad- no especializados, bien entendido- se transforma en un erotismo larvado, sin posibilidades de satisfacción, por lo tanto obsesivo. Las formas de erotismo que aprovechan los hallazgos científicos para transformarse en subespecies de erotismo, forman parte de un erotismo extranatural, tales como:

El bioerotismo que se aprovecha de la cirugía estética y del injerto de órganos;

el mecanoerotismo, que asocia desde la más alta antigüedad el concurso de mecanismos para facilitar, es decir complicar, su tarea;

la eroticoquímica, que aprovecha los aportes más recientes de la eroticofarmacología, alcaloides, drogas, afrodisíacos diversos, más o menos ligados a la imaginación.

Hemos alcanzado, creo, la edad del *homo eroticus*. Esto ha sido posible por una conquista de la libertad que le ha venido de la ciencia, la ciencia que ha hecho huir las sombras siniestras de los prejuicios, de las obsesiones, de los rituales sin rito. Poco importa si la ciencia no es extraña al proceso de difusión del erotismo: su utilización se le escapa.

Que debemos a la austeridad de la ciencia, la alegría interior del erotismo, no debe sorprender al lector habituado a siglos de literatura y de figuraciones extáticas. Ciertamente, tenemos *La Historia de O*, y Georges Bataille y Jean Genet y Vladimir Nobokov y Peyre de Man-

diargues y Roger Vailland y Pierre Klossowski y Joyce Mansour y el propio Miller, pero tenemos también el hombre que sublimiza la ciencia a fuerza de pensamiento poético. Si nuestros autores están todos sobre el borde de la intuición absoluta, Jean Rostand está en lo absoluto de su realidad poética como realidad absoluta.

Este esbozo de una historia del erotismo debería ser leído entre líneas; debería recomendar el grito que se lanza detrás del triunfador de la antigüedad

MIRA ATRÁS,
RECUERDA QUE ERES HOMBRE.

En lo más alto y en lo más profundo de la contemplación erótica, que el *homo eroticus*, recuerde.